

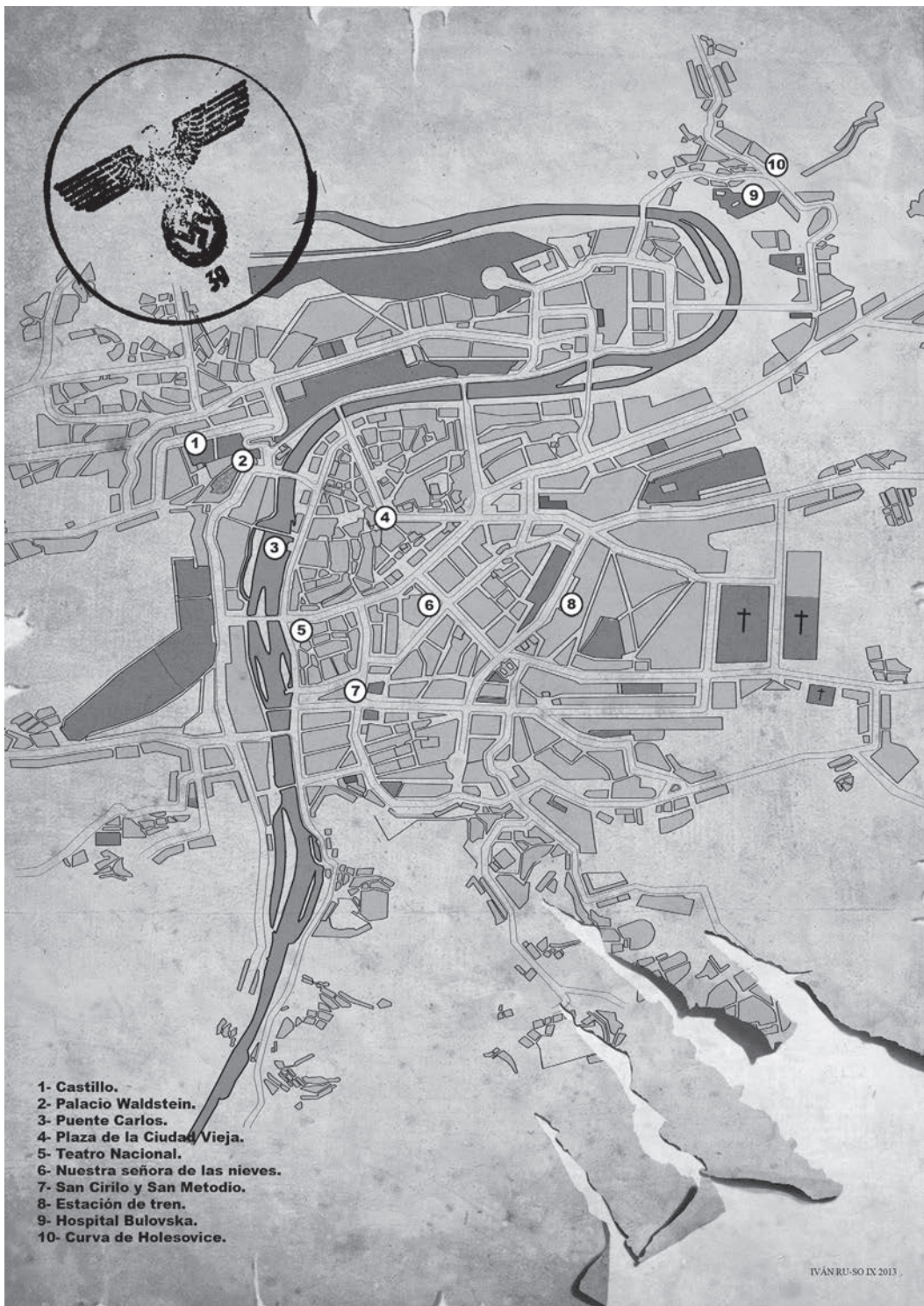
NO EXISTEN LOS  
**MONSTRUOS**  
VÍCTOR BLÁZQUEZ

DOLMEN  
EDITORIAL

CKN. Hoy y siempre.

A toda mi familia, por apoyarme.  
A Pedro e Isabel, por hacer esto posible.  
A Jorge Iván y Vicente, por creer en mí.

Y a los hombres que inspiraron esta historia.



- 1- Castillo.
- 2- Palacio Waldstein.
- 3- Puente Carlos.
- 4- Plaza de la Ciudad Vieja.
- 5- Teatro Nacional.
- 6- Nuestra señora de las nieves.
- 7- San Cirilo y San Metodio.
- 8- Estación de tren.
- 9- Hospital Bulovska.
- 10- Curva de Holesovice.

IVANRU-SO IX 2013.



Los monstruos son reales, y los fantasmas también; viven dentro de nosotros y, a veces, ellos ganan.

*Stephen King*

Para un monstruo, lo monstruoso es ordinario, ya que cada uno se considera a sí mismo normal. Para quien lleva un monstruo dentro de sí, ello debe de ser aún más tenebroso, ya que carece de signos visibles que le permitan establecer comparaciones con los demás. No debemos olvidar que un monstruo es solo una variante y que, según su parecer, lo monstruoso es normal.

*John Steinbeck*



El mejor truco que inventó el diablo fue convencer al mundo de que no existía.

Lo último que podía pensar la chica es que estaría muerta antes de que acabara la noche.



Lenka caminaba deprisa entre las sombras de los edificios porque hacía frío, pero también porque estaba anocheciendo y el toque de queda era estricto. Si la atrapaban en la calle, solo Dios sabía lo que le harían. Había escuchado verdaderas barbaridades y no le costaba creer ninguna de ellas. A nadie le costaba creer ese tipo de cosas.

Como solía decir la abuela Nemkova, «vivimos tiempos oscuros».

Si mantenía el ritmo, podía llegar a su casa en unos quince minutos; eso significaría pasarse siete minutos del límite, pero eso ya no tenía remedio. Tendría que rezar para que no se cruzara en su camino ninguna patrulla. Tendría cuidado, iría lo más deprisa que le permitieran las piernas. Si atajaba por el parque podría, tal vez, ahorrarse tres minutos. Y en casos como ese, cada segundo contaba.

Ahora maldecía su torpeza y su estupidez. Tendría que haber vigilado con más esmero la hora que era, y tendría que haber salido antes de regreso a casa. No era que no lo supiera, porque sí que lo sabía. Cuando estaba con Torv se le pasaba el tiempo volando, las horas se escurrían entre los dedos como finísimos granos de arena, imposible capturarlos e impedir que se escaparan.

Torv le había pedido que se quedara en su casa. Había asegurado que sus padres no se enfadarían; tal vez no les gustara la idea, pero ante la alternativa de enviarla a la calle más allá de la hora impuesta por la ley marcial, la acogerían como a una hija.

«Las penurias colectivas hacen florecer la bondad y la colaboración individual». También era de la abuela Nemkova.

—Puedo llegar a casa sin problema —había asegurado ella. La idea de quedarse en casa de Torv tenía algo de sugerente y excitante, la emoción de lo prohibido y lo deseado. Por otro lado, Lenka no

podría avisar a su madre y ésta se volvería loca de preocupación si no aparecía en toda la noche.

Tal vez incluso la desesperación la haría salir a la calle. Y Lenka, como todos, había oído las cosas que los nazis hacían a quienes se saltaban el toque de queda.

Ni siquiera quería pensar en su madre. Lenka la conocía a la perfección y sabía que estaría en casa dando vueltas de un lado a otro, mirando el reloj con desesperación y llevándose cada dos por tres una mano al pecho, suspirando y rogando que no le hubiera pasado nada a su niña. Y cuando Lenka llegase pondría el grito en el cielo y le preguntaría si se había vuelto loca, si quería morir, si era tan estúpida que no le importaba el sufrimiento de *los demás*. Cuando su madre se refería a los demás siempre lo hacía hablando de ella misma en realidad. Era a su madre a la que no le importaban *los demás*.

Pero cualquiera le decía eso.

El tiempo pasaba y el cielo estaba cada vez más oscuro, teñido de púrpura en algunas zonas y de negro ya en otras. Había nubes en el cielo, grisáceas, aunque no parecía que fuera a llover, y soplaban un viento desagradable que helaba los huesos a pesar del abrigo. Las calles se estaban vaciando de gente y los que quedaban se apuraban para llegar cuanto antes a sus casas.

Lenka corría cuatro o cinco pasos y bajaba el ritmo a un andar deprisa sin llegar a correr; luego volvía a acelerar unos metros y de nuevo frenaba. Al llegar al parque torció a la derecha y se adentró entre los arbustos. Tres minutos de ahorro eran tres minutos de ahorro.

Llevaba un gorro en la cabeza que ocultaba la mayor parte de su pelo cobrizo. Se lo ajustó de forma que le quedó ladeado hacia la derecha. El frío hacía que le llorasen los ojos, redondos y del color de la miel, su mirada emanaba una dulzura que no tenía el resto de su cara. Era una chica de facciones duras y angulosas, de nariz aguileña y de frente ancha. No era fea, pero tampoco era guapa. Lo que sí tenía Lenka era inteligencia. La suficiente, al menos, para saber que más le valía darse prisa. Sus piernas se movían con prisa y su mente no dejaba de repasar nombres, lo que su abuela llamaba «la lista del horror», aquellos que habían desaparecido o muerto desde la llegada de los alemanes.

De ahí que escuchar un ruido a su izquierda, entre los árboles, hiciera que la chica se detuviera de golpe y se girara en aquella dirección. No estaba asustada, al menos no al principio, pero empezó a estarlo cuando no fue capaz de ver nada entre las sombras y, sin embargo, le pareció que había algo moviéndose en ellas.

Y el ruido de unos pasos rápidos sobre la hojarasca.

El ritmo de los latidos de su corazón se aceleró hasta casi duplicarse. Lenka tragó saliva y se dijo que no era nada, que solo se trataba de otra persona que intentaba llegar a su casa antes de que empezara el toque de queda, que probablemente se habría asustado al verla a ella. Lo dijo porque necesitaba escucharlo, aunque fuera de parte de sí misma y mediante una voz interior.

En el fondo, sintió pánico inmediato y retomó el camino que la llevaría a cruzar el parque y continuar hacia su casa. Lo hizo con la piel de gallina y todos los sentidos en alerta.

Volvió a oír el susurro de unos pasos sobre la hierba, el crujido como el de una rama al romperse, también algo metálico y un gruñido. Lenka sintió que el miedo atenazaba sus músculos y echó a correr. Apenas fue un instante, pero tuvo tiempo de pensar que podría ocurrirle aquello que a veces la atormentaba en sus pesadillas: algo la perseguía, algo terrible y maligno, y por mucho que ella intentaba huir, sus piernas no se movían de su sitio.

Corrió casi sin ver por dónde iba. Una rama le arañó una mejilla y estuvo a punto de caer cuando metió un pie en un agujero y se dobló el tobillo. Siguió adelante, sus piernas se movían tan deprisa que los músculos empezaban a arderle. Temía girar la cabeza y ver un rostro fantasmal y desencajado por la furia, alargando una mano cadavérica hacia ella.

No vio el tronco del árbol y se golpeó en el hombro derecho. Perdió el equilibrio y se inclinó al lado contrario, sus rodillas llegaron a besar el suelo, y se impulsó de nuevo hacia arriba con las manos, sacando fuerzas de donde no sabía que las tenía. Para entonces, el miedo se había convertido en horror. Todos sus sentidos estaban puestos en escapar de quien fuera su perseguidor. No le veía, pero era capaz de escucharle correr. No se dio cuenta de que había cruzado el parque hasta que sus pies tocaron de nuevo el asfalto. Chocó de forma tan súbita y brutal que rebotó hacia atrás y cayó al suelo con las piernas abiertas y desorientada.

Frente a ella, sorprendido por su aparición de entre los árboles, un hombre delgado y de gesto altivo miraba a Lenka con el asco de quien observa las moscas que revolotean en la mierda. Lenka tragó saliva, con los ojos aún desencajados y la respiración agitada por la carrera. De no haber estado ya aterrorizada, se habría aterrorizado al comprobar que el uniforme que lucía aquel hombre era de las SS. En concreto, de Oberscharführer.

—*Warum läufst du, Ratte?*

El oficial se echó a reír ante su propia ocurrencia y a su espalda resonaron las carcajadas de otros cinco hombres. Lenka recorrió con la mirada los rostros impassibles y cargados de desprecio de aquella patrulla. Había un camión cruzado en medio de la calzada y un jeep aparcado justo detrás. Sentada en el asiento del copiloto había una chica joven, tan rubia que podría haber pasado por transparente, con unos ojos azules que resplandecían incluso aunque ya no brillara el sol. A Lenka le pareció hermosa, mucho más que cualquier otra chica o mujer que hubiera visto nunca. Pero, sobre todo, lo que hizo que Lenka se quedara mirándola no fue su hermosura, sino la expresión preocupada en sus ojos.

«No quiere estar aquí —pensó Lenka—. Sabe lo que me va a pasar y no le gusta.»

—*Warum läufst du, Ratte?* —repitió el oficial, golpeando la rodilla de Lenka con la puntera de su bota, sin brusquedad, con la cautela de quien toca un cadáver esperando que no le contagie ninguna enfermedad. «¿Por qué corres, rata?»

Lenka, aún sin atreverse a ponerse en pie, señaló hacia atrás. El Oberscharführer siguió la dirección que indicaba el dedo de ella, arqueando una ceja. Lenka también se giró para mirar y escrutó la oscuridad del parque. No se veía nada entre los árboles, ningún movimiento, ninguna sombra que se deslizara entre las demás. Tampoco se escuchaba ningún sonido que resultara anormal o ajeno a la lógica. Tan solo el rasguear del viento sobre las hojas, música de la naturaleza.

El miedo que había sentido mientras huía por el parque empezó a desaparecer. Lo sustituyó la sensación de haberse comportado como una idiota. Y otro miedo, tal vez incluso peor, a lo que podría pasarle ahora. Desesperada, buscó de nuevo con la mirada los ojos azules de la chica sentada en el jeep.



Cualquier rastro de compasión o esperanza que esperaba encontrar se desvaneció. La chica alemana había apartado la mirada y estaba hablando en susurros con uno de los alemanes, un chico joven y atractivo que se había quitado el abrigo del uniforme para ponérselo a ella por encima de los hombros.

—*Was ist los, ratte?* —preguntó entonces el Oberscharführer. Por el tono, estaba claro que empezaba a perder la paciencia. «¿Qué ocurre, rata?»

—Alguien me estaba persiguiendo —murmuró Lenka. Tuvo que repetirlo un poco más alto al ver el gesto de incompreensión del oficial. Volvió a señalar hacia atrás y se dio cuenta de que le temblaba la mano—. Yo... creía que...

Las palabras murieron en su garganta, atascadas entre saliva y el pánico que atenazaba su cuerpo. Una lágrima solitaria resbaló por su mejilla, abriendo el camino a otras muchas que cayeron tras ella. El oficial alemán retorció los labios, como si lo que estuviera viendo fuera un espectáculo desagradable y lindante en lo grotesco. Luego se giró hacia sus hombres y dio una orden a uno de ellos.

Al que estaba hablando con la chica rubia.

Se llamaba Hanna y era la hija del Oberscharführer. Estaba allí porque su padre quería que viera de primera mano lo duro que tenía que trabajar en favor del Reich. Ella, perfecta alemana que debía entender que los checos, como los judíos o los gitanos, como los rusos y como probablemente otros muchos hombres y mujeres de nacionalidades distintas, eran inferiores y debían ser tratados como tales. Pastoreados. Vigilados, custodiados, castigados. Y lo entendía, por supuesto; había aprendido que todos aquellos seres difícilmente podían ser descritos como humanos. A su padre le gustaba decir que eran monos. O ratas. O gusanos.

O perros. Un hombre puede darle una palmadita a un perro cuando le trae un palo entre los dientes, y eso era lo que, en palabras de su padre, estaban haciendo los alemanes en Checoslovaquia: tratar con perros, amaestrarles y enseñarles a respetar las normas.

—Pero Hanna —le había explicado su padre esa misma tarde mientras se abotonaba la camisa del uniforme—, a veces los perros desobedecen y tienen que ser castigados. Los perros no atienden a buenas palabras y amabilidad pero responden a la mano firme y la autoridad. —Se había girado para mirar a Hanna, que escucha-

ba con atención como sabía que su padre esperaba de ella—. Por eso, cuando un perro desobedece hay que tratarle como lo harías con una rata. Es el único idioma que entienden.

Hanna lo comprendía. Sabía que había cosas que tenían que hacerse y que era gracias a hombres como su padre que se hacían de verdad. El problema era que aquella rata era una chica que no debía tener más años que ella misma, que en sus ojos había un miedo atroz y que no parecía ser ningún peligro para nadie. No una rata, sino una chica inocente.

Hans se había dado cuenta de su reparo cuando aquella chica había aparecido corriendo desde el parque y se había acercado con intención de distraerla. Y coquetear, claro. Hanna se había dado cuenta de las miradas que le lanzaban todos los hombres de su padre, pero del único del que en realidad le gustaba recibir las era de Hans. Ella también le había mirado en un par de ocasiones, incluso habían intercambiado una sonrisa.

Hans se había quitado el abrigo y se lo había puesto sobre los hombros. Era atento, agradable y guapo. Su padre le había visto junto a ella y, por supuesto, le había ordenado a él que se encargara del foco. Y Hanna se había vuelto a quedar sola. Habría podido apartar la mirada: ojos que no ven, corazón que no siente. Pero sabía que su padre se enfadaría con ella si lo hacía. Lo tomaría como una debilidad por su parte. Se decepcionaría al saber que su hija mostraba lástima y pena por las ratas. Y de poco serviría que le explicara que no era así, o que intentara explicarle que aquella chica no parecía más que un perrillo asustado.

Volvió a mirar a Lenka y comprobó que temblaba como un flan. Hans había sacado una enorme linterna de la parte trasera del camión y estaba barriendo el parque con la luz, buscando aquello que había señalado la chica. Todos miraban hacia allí, su padre, los hombres de su padre y la chica checoslovaca. Hanna se sentía incapaz de apartar la mirada de Lenka y del temblor incontrolado que se había apoderado del cuerpo de la chica. No de frío, que lo hacía, sino de miedo. Un miedo atroz y desesperado hacia el padre de Hanna.

Se le erizaron los pelos de la nuca y un escalofrío le recorrió la espalda. Inquieta, la alemana tragó saliva y se estremeció. Por inercia, ladeó la cabeza y miró hacia su espalda, al lado contrario en el que se encontraba el parque. Las calles estaban oscuras, solo ilumi-

nadas de cuando en cuando por las farolas. No vio a nadie, claro. Las calles estaban desiertas porque tan solo las patrullas alemanas tenían permiso para recorrer la ciudad más allá del toque de queda.

Pero había alguien.

O algo.

Una sombra, una presencia, el espectro de una figura invisible. En ningún sitio, pues Hanna miró a ambos lados de la calle sintiendo que el miedo se extendía por el intrincado mapa de sus venas y alcanzaba su estómago, vaciándolo y convirtiéndolo en un agujero negro y sin fondo. De nuevo se estremeció y buscó con la mirada los ojos que sentía que estaban observándola y que no parecían estar en ningún sitio.

«Es mi imaginación. Tengo miedo porque esa chica tiene miedo...»

—*Da ist nichts* —declaró Hans, mirando al Oberscharführer.

El oficial giró la cabeza hacia Lenka. Ella quiso decir algo, asegurar que había oído aquellos pasos y que alguien la había perseguido, que no se lo estaba inventando. Pero ya no estaba tan segura. Y el miedo que le causaban aquellos hombres iba mucho más lejos. El crujido de una rama y el rumor de unos pasos a la carrera parecían una tontería en ese momento.

Se preguntó cómo y cuándo se enteraría su madre. Se preguntó si la gente recordaría su nombre como parte de la lista del horror. Se preguntó si Torv pensaría en ella o la olvidaría y se enamoraría de otra.

—¿Hanna?

El oficial alemán se había girado hacia el jeep y ahora miraba alrededor con una ceja levantada y gesto turbado. Sus hombres también se giraron a mirar y Lenka les imitó. El jeep estaba vacío y el abrigo que Hans había colocado sobre los hombros de la chica un momento antes estaba ahora tirado en el suelo.

—¿Hanna? —repitió su padre, alzando la voz.

Ningún sonido, ni rastro de la hermosa chica rubia a la que esa tarde, mientras observaba a su padre vestirse con el uniforme de las SS, lo último que podría habersele ocurrido es que no llegaría viva al día siguiente.



Aún le tapaba la boca, presionando con tanta brusquedad que le dolían los labios. Había llegado hasta ella antes de que pudiera

abrir la boca y gritar, y se la había llevado sin hacer el menor ruido. La había arrastrado al interior del parque, sumiéndose en la oscuridad y confundiéndose con ella. Se detuvieron en un pequeño claro. Hanna estaba desorientada; también le había dado un golpe en la sien y todo le daba vueltas. La arrojó al suelo con un gesto violento y el costado derecho aulló con una explosión de dolor que hizo que Hanna retorciera el rostro y abriera mucho los ojos. Se llevó las manos a la cadera y sintió que se mezclaban con un líquido caliente y pringoso que no fue capaz de identificar en un primer momento.

«Es sangre, estúpida», se dijo.

Fue ahí cuando supo que iba a morir. Quiso luchar y levantarse, aun a pesar del dolor y de la sangre que perdía de forma continua, casi como el chorro de una fuente. Lo que fuera que le había herido le había provocado tres cortes profundos y limpios, casi quirúrgicos, largos y ascendentes como un araño.

Le fallaron las piernas al primer intento. Al segundo, le temblaron pero consiguió levantarse unos centímetros antes de que otro fuerte golpe la hiciera caer de nuevo boca arriba. Sus ojos captaron el cielo sin luna, pues el ciclo había llegado a una fase de luna nueva. Su cerebro, embotado por la pérdida de sangre y la conmoción, protestó inútilmente. Quiso abrir la boca y gritar, con la esperanza de llamar la atención de su padre. Él vendría a rescatarla. Hans, y el resto de los hombres de su padre, se encargarían de sacarla de allí y llevarla a un hospital. De su boca apenas surgió un débil susurro.

La figura que se cernió sobre ella le pareció enorme desde su perspectiva en el suelo. Estaba viva cuando le atravesó el estómago y también mientras empezaba a hurgar en su interior, rasgaba y cortaba. Aunque no siguió viva durante mucho tiempo más, y fue una suerte porque lo que hizo con su cuerpo fue inhumano.

— I —

El avión surcaba el cielo, oscuro como el interior de una mina. Volaba bajo para evitar ser detectado, aunque todos sus ocupantes sabían que cualquier cosa podía ir mal. Podían ser derribados en cualquier momento.

El teniente R.C. Jockey observó a los ocho hombres que aguardaban su momento junto a la portezuela de cola y volvió a pensar que se alegraba de no estar en su situación. Centró su mirada en el hombre rubio de complexión atlética que estaba más cerca de la parte trasera del avión. Por lo que Jockey sabía, aquel chico había sido granjero en Moravia.

Todo el mundo había sido algo más antes de la guerra; en realidad, eso ya no importaba. Granjero, pescador o contable, hubiera sido lo que hubiera sido, Jan Kubis era ahora un partisano. Y por el movimiento nervioso de sus manos resultaba evidente que él mismo sabía que el destino de su país, y con suerte el de toda Europa si conseguían desestabilizar a los nazis, pendía sobre sus hombros.

Junto a Kubis se encontraba un joven de veintisiete años, fuerte como un toro e igual de cabezota, apellidado Valcik. El teniente Jockey recordaba haber pensado la primera vez que le viera allí en la base, que no le gustaría estar al otro lado de su puño si aquel tipo se cabreara. Valcik solía causar esa impresión antes de que la gente le oyera bromear y soltar una carcajada. Incluso allí, en el avión que les llevaba a la gloria o a la muerte, era el único de ellos que sonreía. Siempre risueño y con un deje soñador en sus ojos.

La mayoría de los partisanos mantenían las miradas bajas, tal vez rezando o imaginándose que estaban en cualquier otro lugar. Jockey prosiguió su repaso de las caras de aquellos hombres. Era un antiguo rito que llevaba a cabo antes de cada operación. Trataba de aprenderse los rostros de los hombres a los que llevaba a territorio enemigo porque sabía que era posible que no volviera a verlos jamás. Podrían volver como héroes, sí, o podrían sobrevivir en uno de los terribles campos de exterminio nazis, también, pero había muchas posibilidades de que el único destino que les esperase al otro lado fuera la parca, con su túnica negra y su guadaña afilada, esperando para llevárselos al infierno.

El Halifax tembló durante unos segundos al surcar una zona con turbulencias, pero se estabilizó casi de inmediato. Dos de los partisanos, Skacha y Bartos, fruncieron el ceño y ahogaron un gruñido.

Vestían ropas de paisano, trajes anodinos con los que Kubis o cualquiera de los otros podrían decir que eran ganaderos y no levantarían sospechas. En colores pardos y oscuros para permitir que la oscuridad les envolviese porque cualquier ayuda sería

poca. Y, en verdad, al menos a los ojos de Jockey, todos ellos podían pasar por civiles de trabajos comunes y vulgares. Los siete partisanos y el octavo integrante de aquel grupo.

Jockey entrecerró los ojos y observó al pasajero número ocho. Quién era y qué hacía allí era un misterio para él. Y al teniente Jockey no le gustaban los misterios, ni tampoco las sorpresas, y así se lo había hecho saber a sus superiores cuando le entregaron el parte de vuelo. A los siete partisanos les había visto durante las últimas semanas entrenando en la base pero aquel hombre... no, aquella misma noche, apenas quince minutos antes de que partiese el vuelo, había sido la primera vez que le veía.

«Demasiado mayor para ser un soldado.» Aquel había sido su primer pensamiento al verle, pero en realidad... ¿Cuántos años podía tener aquel hombre? ¿Cincuenta y algo? No muchos más, aunque las canas tiñeran la mayor parte de su cabello del color de la nieve sucia, y lo mismo que la guerra había transformado a ganaderos y cerrajeros en soldados, bien podía hacer que la vieja savia se uniera a la nueva en el frente.

Aquello no era lo más extraño en realidad.

«Es americano, no checoslovaco. ¿Qué demonios hace un americano aquí?»

Un chasquido del piloto hizo que el teniente Jockey abandonara sus dudas sobre el misterioso americano y levantase el puño para llamar la atención de los hombres. Ocho pares de ojos se volvieron para mirarle con expresiones que variaban entre la curiosidad y la ansiedad. La portezuela trasera del avión empezó a abrirse y el sonido atronador del viento al entrar en la aeronave les resultó ensordecedor.

El cielo estaba cubierto de nubes negras como algodones después de limpiar con ellos el interior de una chimenea.

Zemek y Skacha se pusieron en pie. El primero se santiguó y el segundo cruzó una mirada con Kubis antes de dirigirse a la portezuela. Nadie habló, nadie les deseó suerte; se dejaron caer por la portezuela y quedaron atrás en apenas décimas de segundo.

—Silver B en camino —murmuró Jockey, al tiempo que hacía un gesto para indicar que el segundo equipo podía ponerse en marcha.

Obedientes e igual de silenciosos, Bartos, Valcik y Potucek se levantaron y se acercaron a la línea de salto. En la oscuridad reinan-

te, los dientes que dejaba a la vista la sonrisa de Valcik parecían brillar como diamantes. Aguardaron junto a la portezuela a que el teniente les diera la señal y entonces saltaron y desaparecieron.

—Silver A en camino.

Los tres hombres que quedaban, Kubis, Gabcik y el americano, se pusieron en pie. El nerviosismo que antes le había parecido apreciar en Jan Kubis se había esfumado. En sus ojos se dibujaba una decisión férrea de triunfar, un atisbo de ferocidad y absoluta fe en el plan.

Jockey deseó que no estuviera equivocado. Luego les dio la señal y los tres hombres se lanzaron al abismo.

—Antropoide en camino —susurró, y luego, por si pudiera servir de algo, añadió: —Suerte.

La portezuela del Halifax empezó a cerrarse al tiempo que el aparato daba la vuelta para intentar regresar a Inglaterra sin ser detectado. Eran las dos y media de la madrugada del veintinueve de diciembre de 1942.

— 2 —

Jan Kubis se imaginó lo que ocurriría si el paracaídas fallaba. Seguiría cayendo a toda velocidad, con el viento revolviéndole el pelo y rugiendo junto a él, la tierra ascendería a su encuentro y el choque sería tan violento que su cuerpo se aplastaría y rompería en mil pedazos.

«Tengo una misión— se recordó—. Una misión importante.»

No podía morir. No así, y no cuando el premio gordo estaba tan cerca, cuando Checoslovaquia entera dependía de él y sus hombres.

«Y no solo Checoslovaquia. Probablemente Europa, los aliados, el mundo.»

O tal vez estuviera hilando muy fino. Pero tendría impacto, de eso estaba seguro. Los aliados llevaban tiempo intentando asesinar un golpe semejante a los nazis sin éxito. Y todos ellos, Kubis incluido, sabían que sus posibilidades de tener éxito rayaban lo escaso. Pero Kubis era un hombre con un objetivo y no estaba dispuesto a morir sin llegar hasta el final.

«Si algo me pasara —pensó—, Gabcik se encargaría de seguir adelante. Es tan capaz como yo. Y si no, lo hará Bartos.»

Y si no, cualquiera de ellos.

Deslizó la mano hacia la anilla del paracaídas y tiró con fuerza. Durante un horrible segundo no ocurrió nada y visualizó en su mente el puré sanguinolento en que se convertiría su cuerpo cuando se estrellase contra la dura tierra; luego el paracaídas se abrió con un suspiro y su cuerpo se sacudió con la frenada. Giró la cabeza buscando a sus hombres y fue capaz de encontrar la sombra de otros dos paracaidistas a su derecha, algo por encima de él.

«Gabcik y el americano.»

Jan Kubis apenas había tenido tiempo de fraternizar con el teniente Jockey allá en Inglaterra, pero de haberlo hecho, ambos habrían encontrado un gran parecido entre sus personalidades. A Kubis tampoco le gustaban los secretos; había estado al frente de aquel proyecto desde el principio y la aparición de aquel hombre en el último minuto le había hecho enfurecer. La orden que habían susurrado en su oreja, mientras aquel tipo subía las escalerillas del Halifax que les había llevado hasta allí, le había irritado aún más.

Alcanzó el suelo con suavidad y rodó por la tierra helada. En la oscuridad, una piedra le golpeó el hombro y le hizo sentir un dolor sordo pero pasajero. Se quedó inmóvil en cuanto la inercia de la caída se lo permitió y miró a su alrededor, tenso, atento a cualquier señal de problemas.

Esperaba escuchar pasos, o tal vez un grito en alemán que daría al traste con toda la misión, pero el único sonido que llegó hasta él, viento aparte, fue el mugido de unas vacas cercanas.

Gabcik tocó tierra quince metros a su izquierda y Jan sonrió al escucharle resoplar. Josef Gabcik era su mejor amigo; se conocían desde que ambos eran adolescentes y se entendían con apenas mirarse a los ojos. Algo más bajo que él y con los hombros más anchos, Gabcik era el tipo más serio de todo el grupo y su fama era la de un tipo reservado e introvertido. Antes de la guerra había sido cerrajero y se había unido al ejército siguiendo a Jan, que se jactaba de conocerle mejor que nadie. No podía pensar en nadie mejor para tener a su lado en una situación como esta.

Empezó a recoger el paracaídas con movimientos tan ansiosos como nerviosos. De repente, le parecía un sueño encontrarse allí.



En casa.

Pero al mismo tiempo, tras las líneas enemigas.

La misión estaba en marcha.

Escuchó un tercer golpe algo más allá. La oscuridad le impidió ver dónde había tomado tierra el americano, aunque tampoco era algo que le importara demasiado. Con el paracaídas recogido y entre los brazos, corrió encogido hasta donde se encontraba Gabcik y sonrió al ver la expresión de su amigo.

—¿Qué ocurre? —preguntó éste.

—La cara que has puesto —murmuró Jan—. Como si hubieras aterrizado en otro planeta.

—Estamos en casa, Jan —respondió su compañero, recalcando lo que era obvio pero al mismo tiempo tan irreal—. En casa.

—Sí.

Josef Gabcik y Jan Kubis se abrazaron y ahogaron sus nervios, la adrenalina y el miedo, tras darse una palmada en la espalda. Había demasiado en juego y tenían que ser expeditivos y eficaces. Era normal que sintieran regocijo por estar de nuevo en Checoslovaquia, pero tampoco podían olvidar que la que consideraban su tierra era ahora una zona ocupada por los nazis; que si bien había gente que luchaba por expulsar a los alemanes de allí, la inmensa mayoría de la población había aceptado la ocupación. Por poco que ellos pudieran entenderlo, era así, y no sabían hasta qué punto eso supondría un problema. Jan miró a su compañero con seriedad.

—Tenemos que enterrar los paracaídas —ordenó.

Josef se puso manos a la obra mientras Jan se retiraba unos pasos para comprobar que el contenido de su mochila no hubiera sufrido daños con la caída. Aquellos eran todos sus suministros: aparatos de radio, una metralleta *Sten* con munición de sobra, un puñal, chocolate vitaminado, una ampolla de veneno, documentos de identidad falsos y una elevada cantidad de dinero checo y alemán.

Al levantar la mirada, vio que el americano estaba de pie junto a un árbol, cerca del lugar donde Josef Gabcik cavaba utilizando sus propias manos y una piedra. Sus miradas se cruzaron un instante y Jan tuvo tiempo de pensar que aquel hombre era duro y perspicaz, y escondía más de lo que pudiera parecer a simple vista. ¿Tal vez un miembro de la Inteligencia americana? ¿Qué se les podía haber perdido a los americanos en Checoslovaquia?

—¿Sabes dónde estamos? —preguntó Josef sin dejar de cavar.

Jan apartó la mirada del americano y echó un vistazo al agujero que Gabcik estaba practicando en el suelo.

—Sé dónde no estamos —respondió con tono lacónico y preocupado—. No estamos donde deberíamos estar.

— 3 —

Vaclav Novák maldijo entre dientes y escupió a un lado, hacia el arcén. Se concentró en intentar parecer relajado y mantuvo el cuerpo inclinado bajo el capó del camión. Las luces que se acercaban desde el sur se encontraban cada vez más cerca.

Sabían que esto podía pasar, pero eso no hacía que fuera más fácil.

Respiró hondo, llenando sus pulmones, y se dijo a sí mismo que podía hacerlo.

«Lo único que tienes que hacer es mantener la calma —se dijo—. No va a pasar nada.»

Esperó hasta que el motor del coche redujera la velocidad y se dio la vuelta, agitando una mano para indicarle al conductor que se detuviera, aun cuando resultaba ya evidente que al verle habían decidido frenar.

Del coche bajaron dos soldados alemanes, con sus uniformes impolutos y expresión de pocos amigos en su rostro. Uno de ellos llevaba una gorra calada hasta casi las cejas. El otro, un oficial, se detuvo junto al coche y sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo derecho. Vaclav sintió su mirada, pesada como el hierro y fría como un témpano de hielo.

El de la gorra era el que se estaba acercando, pero era del oficial de quien debía cuidarse. Por la insignia bordada en la parte izquierda del cuello de su camisa, era un *Untersturmführer*, subteniente o jefe de asalto. Con el rabillo del ojo le vio encender el cigarrillo.

—*Ausweispapier!* —gritó el soldado de la gorra colocándose frente a Vaclav, con una mano extendida con la palma hacia arriba y la otra apoyada en la cintura cerca de donde se encontraba su arma reglamentaria.

—Lo siento —masculló Vaclav sacudiendo la cabeza con gesto nervioso—. Algo le ha pasado al motor y no...

—¡Documentación! —repitió el soldado, en esta ocasión en checo, atajando sus explicaciones con un nuevo rugido que no daba lugar a dudas.

Con los nazis no se podía jugar. Vaclav levantó las manos en un gesto que intentaba transmitir calma y empezó a retroceder hacia el camión. El miedo le corría por las venas como miles de diminutas hormigas cosquilleándole en todo el cuerpo y agrupándose en su garganta, haciéndole difícil hasta el hecho de tragar saliva y respirar.

—Tengo los papeles en el camión —aseguró—. Yo... lo siento mucho, sé que con el toque de queda no debería estar aquí... — intentó que su mirada fuera lastimosa y echó un vistazo hacia el oficial, que seguía junto al coche en el que se habían acercado, apoyado sobre el lateral y con el cigarrillo entre los labios. Fumaba con tranquilidad, casi ajeno a lo que estaba pasando. Casi, pero no; sus ojos eran apenas una línea llena de desconfianza y estaban clavados en él. Vaclav se estremeció pensando que bien podía estar escrutando el fondo de su alma. Y aquel pensamiento le hizo desviar la mirada, apenas una décima de segundo, hacia la cuneta tras la que había desaparecido Relá a la carrera cuando habían visto los faros acercándose—. Ha sido... creo que ha sido una bujía —continuó, volviendo a mirar hacia el soldado de la gorra y estirando la mano para abrir la puerta del camión—. Yo...

—Halt! —gritó entonces el soldado de la gorra, extrayendo el arma de su funda y extendiendo el brazo.

Vaclav se vio mirando hacia el oscuro abismo que era el cañón de la pistola. Levantó las manos.

—La... tengo la documentación dentro del camión —aseguró—. Yo sólo...

El oficial se estaba moviendo. Vaclav no podía apartarse, no con un arma apuntándole a la cara, y menos aún con la sensación de que todos sus músculos se habían convertido en piedras. El oficial aún le observaba con aquellos ojillos malignos e inteligentes, el cigarrillo colgando de la comisura derecha de sus labios, y caminaba hacia el punto al que Vaclav había dirigido la mirada.

«Oh, dios mío...»

—*Ist noch jemand in der LKW?* —preguntó el soldado de la gorra, haciendo que Vaclav volviera a centrar su atención en él.

El oficial se detuvo junto al arcén, con la punta de sus botas pisando la tierra húmeda y el resto sobre el asfalto.

—No, señor —murmuró Vaclav, paralizado por el miedo, maldiciendo, y no por primera vez, el día en que aceptó realizar aquel viaje—. No hay nadie en el camión.

—*Reisen sie alleine?*

Vaclav negó con la cabeza. Notaba la boca llena de una saliva más espesa de lo normal.

—Viajo solo —confirmó, respondiendo.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó entonces el oficial. Su acento era duro, como el de la mayoría de los alemanes, y arrastraba las palabras; transmitía la impresión de producirle desidia el simple hecho de hablar.

Vaclav giró la cabeza para mirarle. El oficial le estaba dando la espalda, mirando hacia el campo que se extendía a ese lado de la carretera, oscuro y silencioso. Solo el motor del coche en el que se habían acercado los dos alemanes rompía la tranquilidad del lugar.

—Vaclav —murmuró, con los ojos fijos en la nuca del oficial. Sabía que el soldado le estaba observando y no quería que percibiera movimiento de búsqueda en sus ojos. Tuvo que concentrarse y hacer gala de toda su fuerza de voluntad para no tratar de localizar a Rela. Sólo podía rezar para que estuviera bien oculta—. Vaclav Novák.

—¿De dónde viene, señor Novák?

—De Mochov —respondió él, tenso—, mis padres viven a las afueras y he pasado el día con ellos. Señor, le juro que si el camión no se hubiera estropeado habría llegado a Praga antes del toque de queda.

—¿Mochov es otro de esos pueblos checos que huelen a mierda de vaca?

Vaclav tragó saliva.

—Probablemente, señor —contestó con un hilo de voz—. Nunca me he fijado, pero es cierto que tenemos mucho ganado.

—Su país entero huele a mierda de vaca —aseguró el oficial—. Yo me di cuenta el primer día que pisé esta cloaca a la que llaman Checoslovaquia. —Giró la cabeza para mirarle y esbozó una sonrisa cargada de malicia—. ¿Le molesta que le diga eso, señor Novák?

—Nnnnno —murmuró él. Vaclav Novák no había tenido tanto miedo jamás en su vida. Creía que en cualquier momento se le soltaría la vejiga y entonces, probablemente, aquel psicópata le

disparase por tomárselo como una afrenta personal. Había oído que los nazis fusilaban a gente por mucho menos—. Siempre me han dicho que Alemania es un país mucho más civilizado. Me encantaría visitarlo algún día.

El oficial frunció aún más los ojos, convirtiéndolos en una rendija tan fina que Vaclav dudó que estuvieran abiertos, y le observó durante un par de segundos, en silencio. Luego soltó una carcajada y, al momento, el soldado de la gorra calada se le unió en las risas. Vaclav dudó, intentó sonreír pero el miedo apenas le permitió esbozar una mueca deforme.

—También tenemos pueblos con ganado —aseguró el oficial, girándose de nuevo para mirar hacia el campo y dándole la espalda—. Es algo innato de su país, señor Novák, el olor a mierda. Es el olor de los cobardes.

Vaclav no consideró oportuno responder a eso.

—Aquí lo tiene, señor Novák —continuó el oficial un momento después acompañando sus palabras con un gesto de dejadez—. *Ist klar*, si alguien le hablase a un alemán como yo le he hablado a usted, el alemán no se habría quedado quieto. Eso es lo que nos diferencia a nosotros de todos los demás.

—Tengo un arma apuntándome a la cabeza —se excusó él.

—¿Insinúa que si Hans no le estuviera apuntando las cosas serían distintas? —el oficial volvió a girar la cabeza para mirarle, esta vez con una expresión cargada de curiosidad, casi divertida.

Vaclav se apresuró a negar con la cabeza.

—No señor, lo siento. Yo... tengo mucho respeto por ustedes, se lo prometo...

—¿Qué hace aquí, señor Novák?

Ahora sí, el oficial giró todo su cuerpo y se acercó a él cubriendo la distancia en apenas un par de pasos largos. Vaclav retrocedió, trastabillando, y estuvo a punto de caer al suelo.

—¿Qué hay en ese campo, señor Novák? —preguntó el oficial, ahora a apenas unos centímetros de él. Le olía el aliento a alcohol, aunque no parecía estar borracho. En algún momento, eso sí, se había deshecho del cigarrillo—. ¿Quién hay en ese campo?

—Na... nadie, señor...

—Puedo oler su miedo, Vaclav —aseguró el oficial—. Es agrio como el pis de mono. Por última vez, y le juro que si no me dice la

verdad Hans esparcirá sus sesos por toda la carretera, ¿quién se esconde en ese campo?

Vaclav tragó saliva. Los labios le temblaban y los ojos se le habían llenado de lágrimas que no alcanzaban a romper. La vejiga le palpitaba a punto de estallar y liberar su carga.

—¡Habla! —gritó el soldado de la gorra, apuntándole a la sien.

El oficial tenía los ojos clavados en los de Vaclav. Cientos de opciones cruzaron la mente de éste a tal velocidad que la mayoría ni siquiera las procesó correctamente. Pero hubo una que brilló con más fuerza que las demás: aún tenía una oportunidad, aún podía salir de allí con vida. Solo tenía que delatar a Relá y aquel suplicio terminaría. A ella la matarían, por supuesto, pero a él le dejarían vivir. A fin de cuentas, no le debía nada. Siempre se había mostrado interesado en ella pero Relá no le había hecho el menor caso. Nunca. Y si la situación fuera al revés, ¿cómo de seguro podría estar él de que ella no le delataría?

—Si miente, Novák, me encargaré personalmente de buscar a sus padres en Mochov y dispararles en la cara —aseguró el oficial, apretando los dientes con el odio dibujado en cada músculo de su cara—. Les dejaré tirados en una zanja y prohibiré que les entierren para que los animales hagan cuenta de ellos. ¿Quién se esconde en ese campo?

«Ella jamás me delataría —pensó entonces. Y en cuanto su mente procesó ese pensamiento, supo que estaba en lo cierto—. Es mucho más fuerte que yo, más dura, y también les odia mucho más que yo. Relá es una verdadera creyente.»

—No hay nadie —respondió. Su voz salió desde su garganta convertida en un fino hilo sibilante.

—Hans —dijo entonces el oficial—. *Schießt ihm.*

El soldado amartilló el arma y las rodillas de Vaclav cedieron, dejándole caer al suelo. Levantó las manos en gesto suplicante.

—¡No, por favor! —Sollozó, ahora sí, con una cascada de lágrimas cayéndole por las mejillas—. Le juro que no hay nadie, por favor... no me maten...

El oficial levantó una mano y el soldado aguantó el dedo en el gatillo, sin apretar. Por última vez, y aún con gesto desconfiado, se giró para mirar hacia el campo y comprobó que nada se movía en él.

—Recordaré su nombre, Vaclav Novák —aseguró el oficial, dándose la vuelta y regresando al coche que les había llevado hasta allí en primer lugar.

La tensión pudo con Vaclav y se dejó caer al suelo del todo, hecho un ovillo y llorando como un niño pequeño. De pie a su lado, el soldado de la gorra chasqueó la lengua con disgusto y enfundó el arma. Un momento después, el coche seguía su camino dejando atrás a Vaclav hecho un guiñapo.

Esperó a dejar de oír el motor antes de levantarse. Finalmente, su vejiga no había podido soportar la presión y la pernera de su pantalón estaba empapada de orina. Se secó las lágrimas con la manga de la camisa y miró a su alrededor, desorientado.

—¿Estás bien, Vaclav?

La voz de Relá le llegó desde algún punto entre la hierba alta situada a su izquierda. Él giró la cabeza hacia allí y la buscó sin encontrarla. Sintió que le ardían las mejillas al pensar que ella le había visto llorar y ahora le vería con el pantalón empapado.

—Tenemos que irnos, Relá —respondió, en un susurro. No le costaba imaginar al oficial de ojos desconfiados deteniendo el motor y apagando las luces del coche para seguir observándole sin que ellos se dieran cuenta.

—Aún no han llegado —replicó ella. Él localizó el punto desde el que hablaba, pero apenas era capaz de distinguir sombras en el campo—. Tenemos que esperarles.

—Ya deberían estar aquí —protestó él—. Hace más de media hora que deberían haber aparecido. Tenemos que largarnos antes de que esos nazis locos aparezcan de nuevo. ¡Han estado a punto de matarme, Relá!

—Chssss, calla —pidió ella, pero no insistió.

—Tenemos que irnos —repitió él—. Hemos venido hasta aquí, y ya nos hemos arriesgado mucho. No es culpa nuestra que no lo hayan conseguido.

Vaclav se acercó al capó del camión y lo cerró. Después rodeó la parte delantera y se subió al asiento del conductor. Casi se asustó al comprobar que ella ya estaba ocupando el asiento colindante. Se movía en las sombras como un gato, y ahora le dedicó una mirada triste que estuvo a punto de hacerle ceder. Relá sabía que tenía ese poder, sus ojos grandes del color de la miel eran capaces de

hacer que cualquiera accediera a sus peticiones, pero no aquella noche. Vaclav solo tuvo que invocar en su mente el recuerdo del cañón del arma que había sujetado aquel soldado nazi para poder resistir la tentación que eran los ojos de ella.

—No es culpa nuestra —repitió.

Rela asintió, dándole la razón.

Sabía que estaban abandonando a los siete partisanos, pero también sabía que más de media hora de retraso significaban malas noticias. Ahora estaban por su cuenta, y mientras giraba las llaves en el contacto para arrancar el camión, la única preocupación de Vaclav pasó a ser llegar hasta el piso que ocupaban al norte de Praga.

— 4 —

Jan Kubis extendió el mapa en el suelo y lo observó con expresión grave. El americano se acercó a él y se agachó a su lado; mientras tanto, Josef Gabcik siguió cavando sin detenerse.

—Estamos por esta zona —Jan señaló un área situada demasiado al este de Nhevizdy, la población junto a la que deberían haber caído y hecho contacto con los dos miembros de la resistencia que les proporcionarían cobertura y transporte al piso franco.

El americano meneó la cabeza y miró al cielo negro, escrutando entre las nubes. Ya no había rastro del Halifax que les había llevado hasta allí.

—¿A qué distancia? —preguntó. Su voz era grave pero armoniosa.

Jan Kubis le observó con curiosidad. El americano era un hombre atractivo, de facciones marcadas y ojos penetrantes e inteligentes. Era una de esas personas de las que cuesta averiguar sus intenciones, sus pensamientos o sus deseos hasta que se ponen en marcha. Y entonces, resulta imposible frenarlas a tiempo.

«Un enigma con patas.»

—Es difícil calcularlo en la oscuridad —respondió Jan recogiendo el mapa y levantándose—, pero por lo que he visto desde arriba, mientras caíamos, calculo que estamos a unos treinta y cinco kilómetros del punto de reunión.

El americano resopló y también se levantó. Era un poco más alto que Jan, pero éste evitó levantar la barbilla al mirarle. No que-



ría que la diferencia de altura le diera ningún tipo de poder jerárquico al otro hombre.

—Es imposible que cubramos esa distancia antes de que salga el sol —aseguró Gabcik, empezando a meter los paracaídas en el agujero para luego cubrirlos con tierra.

El americano contempló la negrura del campo que les rodeaba y respiró hondo, como queriendo llenar sus pulmones del agradable, aunque frío, aire rural. Jan, mientras tanto, le observaba tratando de comprender qué hacía allí y por qué habían esperado hasta el último minuto para incluirle en el plan de vuelo. Preguntándose en qué estaban pensando los altos mandos de Londres.

—Deberíamos ponernos en marcha —dijo entonces—, y buscar refugio. Está claro que vamos a tener que llegar hasta Praga por nuestros medios.

Desde el suelo junto al agujero, Gabcik miró a su amigo y asintió con la cabeza. El americano también miró a Jan y movió la barbilla de forma casi imperceptible para mostrar su acuerdo.

—Jan Kubis —dijo, extendiendo la mano hacia el americano con un tono cargado de intención.

—Sean Cassidy —respondió el otro hombre—. Es un honor, señores.

—Supongo que podría decir lo mismo —replicó Jan—, pero no han tenido a bien explicarme el motivo de su presencia.

—Lo sé.

Sin esperar contestación, Sean Cassidy se dio la vuelta y caminó hacia el oeste un par de pasos, lo suficiente para dar por finalizada la conversación. Jan abrió la boca, sorprendido ante la ausencia de explicaciones y lo irrespetuoso que le había parecido el gesto del americano. Gabcik también frunció el ceño.

—De acuerdo —dijo Jan, ocultando su enfado bajo una capa de profesionalidad—. En marcha.

Gabcik terminó de cubrir el agujero de tierra y se levantó. Jan se puso la mochila al hombro y los tres hombres empezaron a andar en dirección oeste. Sean iba un par de pasos más adelantado que ellos, y Jan pensó en sobrepasarle para mostrar su liderazgo; luego se dijo que no tenía razón de ser, que Gabcik nunca aceptaría a aquel hombre por encima de él, y allí no había nadie más ante quien tuviera que dejar claras las posiciones de cada uno.

Una vez más, se preguntó quién era aquel tipo y qué estaba haciendo allí.

Qué podía haber más importante que la misión que ellos tenían por delante.

Pero Jan Kubis tenía más que clara la orden que le habían susurrado al oído antes de que tuvieran ocasión de subir al avión: *Este hombre no está bajo sus órdenes, Jan, y no responde ante usted.*

— 5 —

El amanecer encontró a Valcik y Bartos avanzando lentos y agotados con Potucek entre ambos, aferrado a los hombros de sus compañeros para evitar apoyar el pie derecho en el suelo. Al aterrizar se había roto el hueso, y el tobillo aparecía ahora hinchado hasta casi el doble de su tamaño natural.

—¿Cómo vas, genio? —preguntó Valcik, utilizando la mano que tenía libre para apartarse el sudor de la frente. Alrededor de sus axilas la ropa marcaba un par de aros húmedos.

—Duele —aseguró Potucek, hombre de pocas palabras. Tenía los dientes apretados y los ojos brillantes pero estaba aguantando con valor estoico, sin quejarse a pesar de que en los primeros momentos les había asegurado que los latigazos de dolor resultaban indescriptibles.

Bartos miraba al cielo con gesto preocupado. La noche ya no les protegía y eran tres hombres caminando campo a través, con uno de ellos herido. Los tres sabían que si se cruzaban con una patrulla alemana, tendrían todas las de perder.

—Con un poco de suerte, será un día caluroso y podremos fundirnos al sol —murmuró Valcik, chasqueando la lengua con exasperación—. La próxima vez, espero que aterrices mejor, querido.

—Espero que haya próximas veces —fue la escasa respuesta de Potucek.

—Tú eras la alegría de tu casa, ¿eh? —Valcik soltó una carcajada y meneó la cabeza.

Al otro lado, Bartos sonrió. Potucek, por su parte, estaba demasiado concentrado en soportar el dolor. Durante los siguientes veinte minutos siguieron avanzando sin detenerse, en silencio. Cruza-

ron por delante de un caballo que pastaba tranquilo y agitando la cola para espantar a los insectos. Estaba raquítico y se le marcaban todas las costillas, pero Valcik lo señaló con el mentón.

—Podríamos subirte ahí, ¿no? Sería mucho más cómodo para todos e iríamos más rápido.

—Con la suerte que tengo, me caería y me rompería el cuello —replicó Potucek.

Valcik puso los ojos en blanco y suspiró.

Siguieron caminando y no mucho más adelante encontraron una carretera. Allí, aunque suponían que el resto se estaría preguntando si ellos lo habían conseguido, pensando que todos estarían preocupados por ellos y a salvo en el piso franco en Praga, los tres hombres se detuvieron y dejaron que Potucek se sentara en el suelo a descansar. Bartos, a su vez, apoyó las manos en las rodillas y dobló el cuello hacia ambos lados.

—¿Alguien sabe dónde estamos?

—Ni puta idea —respondió Valcik, mirando a su alrededor—. Por el paisaje, podríamos estar en cualquier parte.

—Allí hay una casa —Bartos señaló hacia una colina situada a unos dos kilómetros; en ella se podía apreciar un edificio de dos plantas—. Parece una granja.

—Podríamos acercarnos. Tal vez conseguiremos que nos lleven a la ciudad.

Potucek resopló, anticipando el dolor que supondría otra caminata, pero no dijo nada. Valcik se rascó la coronilla y miró hacia el otro lado de la carretera. Le hizo un gesto silencioso a Bartos y el otro también se giró en esa dirección. Se acercaba un vehículo.

—¿Nos escondemos o probamos suerte?

—No parece alemán. Parece una camioneta. Y destartada.

Valcik entrecerró los ojos y asintió. Tampoco tenían muchas opciones, en realidad. Los tres hombres sabían que el mismo peligro correrían acercándose a la granja. Le hicieron señas al vehículo para que se detuviera. Cuando estuvo más cerca, pudieron comprobar que la camioneta parecía haber pasado por tres guerras y no haber sobrevivido del todo. La pintura estaba desconchada y en algunas partes el metal estaba oxidado. El conductor, un hombre de rostro redondo y dientes de conejo, les miró y se asomó por la ventanilla.

—¿Necesitan ayuda? —preguntó.

—No nos vendría nada mal, señor —aseguró Valcik, acercándose a él.

El hombre le observó, sin parecer intimidado por el tamaño de Valcik, y después echó un rápido vistazo a Bartos y Potucek.

—¿Qué le ocurre? —preguntó. Parecía un hombre de campo, pues su piel estaba curtida y morena, y gastaba barba de un par de días.

—Se ha roto el tobillo —contestó Valcik—. Por correr sin mirar dónde pisa.

—Mala cosa —murmuró el hombre, asintiendo—. Subid, por Dios, puedo acercaros a Sadská. Allí tienen un buen médico. O lo había antes de la ocupación, quién sabe hoy en día.

—En realidad nos dirigíamos a Praga —dijo Valcik, mientras Bartos se agachaba para ayudar a Potucek a levantarse.

—Bueno, pues yo voy a Praga también y podría llevaros, ¿pero no es mejor que un médico le vea ese tobillo cuanto antes?

—Probablemente, pero entonces nos veríamos atascados en Sadská, y no tenemos mucho dinero —mintió Valcik.

El hombre se encogió de hombros y los tres partisanos subieron al vehículo. Cuando se puso en marcha con un traqueteo que auguraba un motor con esperanza de vida corta, Potucek apretó los dientes de nuevo, ahogando el dolor, y cerró los ojos. Valcik, en el asiento del copiloto, miró hacia el hombre que les había recogido.

—¿De dónde sois?

—De Praga —respondió Valcik—, pero nos encontrábamos en el norte cuando llegaron los nazis. No habíamos visto el momento de regresar hasta ahora.

—Eso es mucho tiempo...

—Lo es —admitió Valcik—. ¿Cómo están las cosas por aquí?

—Se vive bien —aseguró el hombre, aferrando con fuerza el volante y sin perder de vista la carretera. La camioneta se tambaleaba en los baches y Potucek gemía en el asiento trasero—, siempre que no decidan que eres un estorbo, claro.

Valcik asintió con gesto grave, como si supiera muy bien a lo que se refería el hombre. Toda la información que tenían era la que la Inteligencia inglesa les había hecho saber, y era suficiente para odiar a los nazis. Para los tres partisanos, resultó evidente que al conductor de la camioneta le incomodaba hablar de aquello, por lo

que Valcik cambió de tema haciendo gala de su simpatía habitual, y pronto las risas llenaron el pequeño espacio del vehículo.

Luego llegaron a Sadská. Tanto Valcik en el asiento delantero como Bartos en el trasero dejaron que sus miradas pasaran por las calles mientras la camioneta avanzaba, de forma casual, sin mostrar demasiado interés pero quedándose con la aparente libertad con la que se movía la gente en la calle, con los distintivos nazis y las esvásticas en algunos de los edificios, con cualquier detalle que les indicara cómo estaba Checoslovaquia.

El conductor chasqueó la lengua al ver un control rutinario en una de las aceras. Un par de soldados, con sus fusiles bien aferrados, vigilaban atentos mientras otro soldado exigía la documentación a los civiles que pasaban por allí.

Entonces, Valcik abrió mucho los ojos y contuvo la respiración.

En el asiento trasero, a Bartos le pasó lo mismo.

Entre aquellos civiles, el tercero en la fila que esperaba a ser inspeccionado, reconocieron el rostro de Jan Kubis.

Valcik y Bartos se miraron con miedo. El conductor de la camioneta no se dio cuenta y el vehículo siguió adelante. Bartos se giró para mirar a través de la ventanilla trasera. Jan no les había visto, y no había rastro de Gabcik o del americano que completaba el grupo Antropoide.

El soldado dio el visto bueno a los papeles de uno de aquellos civiles y la fila avanzó unos pasos. Solo dos personas separaban a Jan de la inspección.

La camioneta tomó una curva hacia la derecha y les perdieron de vista.

## — 6 —

Jan contempló con curiosidad, y también algo de temor, a los dos soldados nazis que les vigilaban a él y a los otros civiles a los que habían detenido en la calle. El oficial encargado de revisar los documentos era un hombre bajo, de brazos y tripa voluminosos; los botones de la camisa parecía que fueran a estallar en cualquier momento. Despachó al civil que Jan tenía delante y, sin mirar siquiera al partisano, extendió la mano y resopló con gesto aburrido.

—*Ausweispapiere.*

Jan asintió y extrajo del bolsillo una cartera de piel desgastada y envejecida. En su interior había unos cuantos billetes y un documento identificativo falsificado que enseñó al oficial. Tragó saliva y esbozó una sonrisa tímida, a pesar de que el soldado no estaba mirándole.

Si Inteligencia había cometido algún error... o si desde la ocupación los documentos se habían visto modificados desde el Reich... entonces Jan estaría perdido.

Pero o no era así o el oficial no prestó demasiada atención. Con un soplado le devolvió la identificación y le hizo un gesto al siguiente civil para que se acercara, una mujer de pelo recogido y falda muy larga, con los ojos saltones y los labios gruesos. Jan guardó de nuevo la cartera en el bolsillo y echó a andar sin mirar atrás.

Esperó hasta que entre él y los alemanes hubiera una distancia de al menos quince metros, antes de permitir que un suspiro de alivio escapase de entre sus labios. Miró a ambos lados de la calle y cruzó hacia el bar que había en la acera de enfrente. Junto a la puerta había una pareja con las manos enredadas y mirando hacia el lugar donde se encontraba el pequeño control alemán. Al verle acercarse a ellos, el joven le miró y sus ojos le transmitieron todo lo que Jan necesitaba saber: disgusto, miedo, aceptación, resignación.

El bar tenía luz escasa y había apenas un par de clientes habituales acodados en la barra; uno de ellos se rascaba la barbilla con una mano a la que le faltaban un par de dedos. Jan pasó junto a ellos, haciendo una pequeña inclinación con la cabeza a modo de saludo, y se sentó en la mesa del fondo que ya ocupaban Josef y Sean. El americano parecía observarlo todo con cautela.

—¿Todo bien? —preguntó Josef cuando Jan aún no había terminado de sentarse.

Jan alargó la mano para coger el vaso de cerveza que Josef tenía delante y le dio un largo trago, con más ansia que sed.

—Me han parado en un control.

De inmediato, al escuchar eso, Sean levantó la mirada y la clavó en la puerta del bar. Incluso su cuerpo se tensó un poco.

—No han sospechado nada —añadió Jan.

—Si lo hubieran hecho, tampoco te lo habrían dicho.

Jan dejó el vaso de nuevo sobre la mesa y sonrió, dando por válido el argumento del americano.

—¿Has encontrado algo? —preguntó Josef, lanzando también una mirada nerviosa hacia la puerta.

Jan asintió. Tuvo que hacer gala de toda su fuerza de voluntad para vencer el impulso de girarse y mirar también hacia la puerta. Estaba bastante convencido de que los alemanes no habían sospechado nada al ver su identificación, pero con el americano y Josef tensos y pendientes de la puerta, resultaba fácil imaginarse a los dos soldados, fusil en mano, entrando en el bar de repente y apretando los gatillos sin compasión alguna por los presentes.

—Hay una ruta de autobús —dijo—. Pasa dentro de un rato, media hora. —Miró su reloj para confirmar el dato.

—Bien —murmuró el americano—. Será mejor que nos larguemos cuanto antes. El camarero ha empezado a mirarnos con curiosidad. Creo que no le gustan los extranjeros y le estamos poniendo nervioso.

Jan abrió la boca para preguntar algo pero volvió a cerrarla. Se había fijado en el gesto desconfiado del camarero cuando había entrado por la puerta.

—No queda lejos de aquí —dijo.

Sean asintió y se levantó. Josef también lo hizo, cogiendo la mochila que Jan había cargado durante toda la noche hasta que alcanzaron el pueblo de Sadská, y dejó un billete en el centro de la mesa para pagar las consumiciones.

—Buenos días —dijo Jan a modo de despedida al cruzar junto a los dos clientes habituales que charlaban en la barra. Ni siquiera les devolvieron la mirada.

Al salir a la calle, Josef y Sean echaron un vistazo hacia la acera de enfrente, donde los alemanes seguían examinando la documentación de civiles al azar. Jan se puso en marcha y le siguieron apenas un segundo después.

El autobús llegó puntual y los tres hombres se subieron y se colocaron por el centro del vehículo, Josef y Jan juntos y Sean en la fila inmediatamente posterior. El americano se colocó la gorra encima de la cara y se acomodó, dispuesto a dormir todo el viaje hasta Praga. A Jan le pareció una idea de lo más sensata, e incluso pensó en hacer lo mismo, aunque aún sentía en el cuerpo la adrenalina de saber que pronto estarían en Praga y de lo que habían venido a hacer.

Una mujer se subió al autobús y se detuvo junto a uno de los asientos delanteros, mirando hacia el resto del autobús como decidiendo cuál sería el mejor lugar, para pensarlo. En la mano derecha llevaba un trozo de piel de naranja que sostenía justo bajo su nariz, un remedio eficaz y muy utilizado por quienes querían ocultarse a sí mismos el cargado ambiente de sudor y humanidad que solía concentrarse en tranvías, trenes y autobuses. Finalmente, se decidió por sentarse en la segunda fila.

Jan se propuso imitar el ejemplo del americano y cerró los ojos. Volvió a abrirlos cuando Josef le tocó en el antebrazo con suavidad. A Jan no le hizo falta que su amigo hablara para saber lo que estaba preguntándole.

«¿Qué piensas de él?»

Jan se encogió de hombros y ladeó la cabeza. «No lo tengo claro.»

Josef asintió, dándole a entender que le ocurría lo mismo.

—¿Cómo es posible que la gente lo acepte? —Preguntó entonces con un murmullo—. Es humillante.

Jan suspiró y miró a través del cristal, hacia la calle, fijándose en un par de transeúntes.

—No todos lo aceptan —aseguró Jan—. Muchos se resignan.

—Eso es lo que quieres creer —murmuró Josef—. Y yo también quiero creerlo, pero me cuesta. Deberían luchar.

—No todo el mundo sirve para luchar —sentenció él.

— 7 —

*El niño estaba tumbado en la cama. Se había quedado dormido con la almohada tapándole la cabeza, mientras intentaba no escuchar los gritos de sus padres en la cocina. Lo cierto era que ellos habían intentado no gritar, pero él les había oído de todas formas.*

*Cuando abrió los ojos, no sabía dónde se encontraba, y tampoco por qué razón no veía nada.*

*La descarga de adrenalina que su cerebro envió al pecho para combatir al miedo le hizo sacudirse y agitar las manos. La almohada cayó al suelo y el niño se incorporó, mirando primero en todas direcciones y, finalmente, centrándose en la horrible garra que aparecía dibujada en la pared.*

*Casi estuvo a punto de parársele el corazón.*



*La habitación estaba a oscuras y por la ventana apenas se colaba la escasa luz de la luna. Era un simple gajo convexo, lo que su madre llamaba siempre la sonrisa del gato de Cheshire, pero bastaba para que las desnudas ramas del maldito árbol que crecía en el jardín esbozaran con su sombra lo que el cerebro de un niño podía percibir como una terrible garra.*

*Los tres o cuatro segundos que tardó en comprender lo que era fueron los más angustiosos que hubiera sufrido en su hasta entonces corta vida.*

*No eran nada comparado con lo que estaba por venir.*

*En la mesita de noche había un vaso de color azul lleno de agua. Su madre siempre lo dejaba allí cuando él ya estaba dormido, por si acaso se despertaba en mitad de la noche con sed, para que pudiera beber. Como había pasado esa noche. El niño estiró el brazo y cogió el vaso. Su corazón empezaba a normalizar el ritmo de los latidos y la garra que no era tal, sino la sombra de un árbol, se mecía en la pared por efecto del viento exterior, así que el niño inclinó el vaso para beber...*

*Y se detuvo a medio camino.*

*No era la sed la razón por la que se había despertado.*

*Parpadeó, volviendo a mirar alrededor, temblando al percibir una forma en un rincón de la habitación. En la garganta se le atoró algo, impidiéndole tragar saliva y casi hasta respirar. Su cerebro normalmente se bloqueaba en esas situaciones, cosa que ocurría muchas noches, demasiadas tal vez, pero esa noche algo era distinto y el niño lo supo de inmediato cuando su mente bloqueó el pánico y proclamó a los cuatro vientos que aquella sombra en el rincón no era más que el cesto de la ropa sucia, siempre era el cesto de la ropa sucia, cada noche, cada vez que llamaba a gritos a su madre o a su padre porque el miedo le acongojaba, la maldita sombra era el cesto de la ropa sucia.*

*«No existen los monstruos, príncipe», solía decirle su madre mientras le acariciaba la cabeza con cariño y trataba de calmarle y hacer que se durmiera de nuevo.*

*Con el tiempo, el niño pensaría una y mil veces en lo equivocada que estaba. Aquella noche, el niño se dijo que debía estar madurando. Si de repente estaba tan seguro de que en la habitación no había nada debía ser porque estaba creciendo.*

*Su cerebro desmintió también aquel pensamiento. «No me he despertado porque tuviera sed, ni porque hubiera monstruos en la habitación. Me he despertado porque he oído un ruido.»*

*Y ahí estaba otra vez, como un gorjeo, pero al mismo tiempo burbujeo, la clase de ruido inclasificable que haría un monstruo.*

*El niño abrió los ojos como platos y miró hacia la puerta de la habitación, entornada y dejando pasar apenas un hilo de luz anaranjada y fluctuante. El ruido provenía de fuera de la habitación, el monstruo estaba en la casa.*

*Abrió la boca para gritar, pero el miedo había vuelto a agarrotarle la garganta y no surgió nada de ella, como si se hubiera quedado mudo de repente, o como si un duende maligno le hubiera robado la voz mientras dormía, tal vez uno de esos duendes que Frank Maldini aseguraba que se acercaban por las noches a los niños mientras dormían, se apoyaban en sus pechos y les robaban el aliento. «Cuando un niño muere durante la noche y no hay causa evidente, siempre ha sido el duende», aseguraba Frank. Y el niño le había creído, por supuesto.*

*El cloqueo volvió a escucharse, seguido de algo más, el ruido de algo siendo arrastrado por el suelo y el de algo al chisporrotear.*

*El niño frunció el ceño. ¿Acaso era eso la chimenea? Su padre nunca encendía el fuego durante la noche porque decía que siempre había que vigilar las llamas, y dormido uno no vigilaba una mierda. Palabras literales de su padre.*

*Con un atrevimiento que jamás había mostrado, y que se sorprendió al descubrir que lo tenía, el niño sacó un pie de debajo de las sábanas (donde siempre permanecían, no fuera que el gnomo de los pies se acercara durante la noche a mordérselo, tal y como Frank Maldini le había contado que a veces sucedía a los niños que no se tapaban bien por las noches), y lo llevó hasta el suelo.*

*Y sí, sintió el frío de la madera en su piel desnuda. Y sí, tuvo miedo de que algo apareciera desde debajo de la cama, una garra como la que la sombra en la pared había demostrado más de una vez no ser, e hiciera presa sobre su tobillo para después arrastrarle con fuerza a un mundo de pesadilla, dolor y desesperanza.*

*Aquello era de cosecha propia, no le hacía falta ninguna historia de Frank Maldini para sentir miedo de la oscuridad que habitaba bajo la cama.*

*Ninguna mano esquelética de uñas puntiagudas le agarró, pero más allá de la puerta entornada, el ruido se repitió, más bajo y arrastrado.*

*Cubrió la distancia que le separaba de la puerta en apenas unos segundos, aunque a él le pareció que fueron horas. Y despacio, esperando encontrarse con una criatura abyecta surgida del quinto infierno, tiró del manillar y la abrió.*

*Al fondo del pasillo, el salón estaba iluminado por una mortecina y parpadeante luz anaranjada, la luz del fuego en la chimenea. Y el desagra-*

*dable ruido provenía de allí. El niño tembló, no sabiendo del todo si por miedo o por el frío que le entraba desde los pies.*

*Percibió el movimiento de una sombra en la pared. El corazón saltó en su pecho y el niño volvió a abrir la boca para llamar a su madre a gritos. Ella le reconfortaría y le diría que no había de qué tener miedo. «Las cosas no siempre son lo que parecen, príncipe.»*

*Una vez más, el niño ahogó el grito sin hacer ruido. Y sin saber por qué, empezó a andar hacia el salón, movido por el miedo, casi como si una mano invisible le empujara desde la espalda, ignorando las terribles manchas pardas de la pared que no deberían haber estado allí, y el rastro, también rojizo, que se encontraba en el suelo. Su cerebro no procesó esos datos entonces, pero sí que los almacenó en algún punto de su mente, ni siquiera los escondió demasiado, como queriendo asegurarse que cuando la noche terminara, si el niño siguiera vivo, encontraría aquella información con facilidad, dispuesta a torturarlo en lo que le quedara de vida.*

*Antes de alcanzar la esquina alcanzó a ver el pie desnudo que convulsionaba sobre un charco de sangre junto al sofá donde tantas y tantas veces se había sentado junto a sus padres. El fuego danzaba en la chimenea alrededor de un montón de papeles que se volvían negros y se arrugaban, ardiendo sin remedio. El niño dio un paso más aunque su cerebro gritaba como enloquecido pidiéndole que no lo hiciera, que se diera la vuelta y corriera a la habitación, que volviera a taparse la cabeza con la almohada y que luchara por despertar de aquella pesadilla. Dio un paso más y pudo ver el cuerpo al que pertenecía aquel pie.*

*El gorjeo surgía de la garganta de su madre. El burbujeo también, porque cada respiración de la mujer era una lucha por evitar ahogarse con la sangre que le llenaba la boca. Su pecho estaba destrozado y abierto en canal. Había algo viscoso asomando por una de las heridas, parte de sus tripas. Pero sus ojos seguían vivos y se movían en sus cuencas. Se clavaron en los del niño y le ordenaron que saliera de allí.*

*El niño no lo hizo. Echó a correr hacia delante, y ahora sí gritando y llamando a su madre, y se lanzó de rodillas junto a su cuerpo, resbalando con la sangre y empapándose el pantalón del pijama. Le agarró la mano y lloró sobre ella, que intentó hablar a pesar de estar muriéndose. Sin remedio, tal y como los papeles ardían en la chimenea.*

*Hubo un ruido más. El de algo moviéndose. Con el rabillo de su ojo, el niño percibió el movimiento de una sombra y comenzó a girar la cabeza. El destello de una garra brillante y tan grande como su cara le sorprendió*

*y le hizo echarse hacia atrás. Recibió el golpe en el pecho y se vio empujado contra la pared. Cayó a plomo y se golpeó la cabeza contra el mueble donde su padre guardaba las botellas de whisky.*

*Y todo se volvió negro.*

Sean Cassidy despertó envuelto en sudor, incorporándose de un salto y chocando contra el asiento que tenía delante. Durante unos segundos temió encontrarse en la casa donde había crecido, y parpadeó mirando alrededor, tratando de situarse y de entender por qué había tanta luz. Al otro lado de la ventana del autobús, el paisaje se desplazaba con parsimonia.

Jan Kubis se había asomado y le miraba con los ojos entornados, escrutándole. Juzgándole. Evaluándole.

Sean se apartó un mechón de pelo de la frente y tragó saliva al tiempo que miraba en otra dirección, ignorando la mirada preocupada del líder de los partisanos. En su cerebro se barajaban posibilidades, permutaciones de cientos o miles de probabilidades, y en todas ellas Jan Kubis y él no encontraban la manera de trabajar juntos o llevarse bien. Por la manera con la que le miraba el checo, estaba claro que habían empezado con mal pie. Arreglar aquello... Sean no lo veía claro; no le parecía sencillo. No tenía nada que ver con su personalidad, pues no habían podido conocerse en realidad, ni con el hecho de ser americano. A Jan era la intromisión lo que le molestaba, el hecho de que Sean hubiera llegado con un cartel de *Fuera de alcance* colgando del cuello. Sean había percibido todo eso en los ojos del checo.

Tendría que manejar la situación de otra forma.

Respiró hondo para terminar de relajar los nervios del brusco despertar. Estaba acostumbrado a tener esa pesadilla como algo recurrente. Cerró los ojos de nuevo y se recostó en el asiento. Ya no sería capaz de volverse a dormir, eso lo sabía, pero podía usar el tiempo en pensar. Tenía que hacerlo.

## — 8 —

Rela estaba en la cocina, con la cuchara en la boca probando si el guiso que había preparado estaba en su punto o aún le faltaban

unos minutos, cuando sonó el timbre. De inmediato, las conversaciones y el trasiego del salón se detuvieron; dejó la cuchara sobre la encimera y se acercó a la puerta de la cocina. Desde el umbral, miró hacia la entrada con una ceja levantada.

Del salón apareció Valcik y le dedicó a ella una mirada cauta. Era tan alto que su cabeza rozaba el travesaño superior del umbral y se encogía al pasar por las puertas. Un momento después, Oleg se asomó junto al partisano gigante y le apoyó una mano de dedos doblados por la artritis en el pecho, indicándole que lo mejor sería que volviera al salón.

Valcik sonrió, pero asintió y obedeció. Después Oleg se giró hacia ella y Relá se señaló el pecho con un dedo. Su padre asintió y regresó al salón detrás de Valcik. Relá se atusó la ropa y caminó hacia la puerta.

Encontró tres rostros extraños y exhaustos al abrir la puerta. Relá esbozó una sonrisa y se hizo a un lado para dejarles pasar. El primero de ellos, un joven atractivo de ojos profundos y cabello rubio, fue el primero en entrar y se detuvo a su lado.

—Somos Antropoide —dijo, extendiendo la mano—. Teniente Jan Kubis a su servicio.

—Relá Fafkova —respondió ella, sin apartar la mirada de sus ojos—. Sus compañeros están en el salón.

Percibió el alivio en el rostro del teniente al escuchar esa noticia. Jan se giró y casi corrió hacia el salón seguido por los otros dos hombres. El último de ellos hizo un movimiento leve de cabeza a modo de saludo al pasar junto a Relá. Era más mayor que los otros dos; de hecho, era más mayor que todos los partisanos, con parte del pelo ya cubierto por las canas, pero aún un hombre de porte atractivo e interesante, con unos ojos más intensos incluso que los de Kubis, y un aire misterioso que hizo que Relá se le quedara mirando mientras él avanzaba hacia el salón. Lo que no era, desde luego, era checo. Relá cerró la puerta tras él.

—¡Jan! —El vozarrón de Valcik retumbó en el pequeño salón un momento antes de que ambos hombres se fundieran en un cariñoso abrazo—. ¡Temíamos que no lo hubierais logrado! —Se separó de él agarrándole de los hombros—. Te vimos en Sadská, en un control.

Jan se sorprendió al escuchar eso.

—Encontramos un coche —le explicó Valcik. Hizo un gesto con la mano para darle a entender que era una historia muy larga y no demasiado interesante.

—Revisaban documentaciones —dijo Jan—. No sospecharon nada. —Miró a su alrededor y vio que Potucek estaba tumbado en un sillón con aspecto de tener más años que todos los presentes juntos. Había un hombre arrodillado junto a él, examinándole el tobillo, claramente hinchado—. ¿Qué te ha pasado?

—Sus dotes de aterrizaje dejan mucho que desear —se adelantó Valcik, soltando una carcajada.

Jan Kubis miró a su alrededor, paseando la mirada por el resto de sus hombres, asegurándose de que estaban todos y se encontraban bien, y después se detuvo en Oleg y el joven de aspecto asustadizo que estaba a su lado, Vaclav Novák.

—Teniente Jan Kubis —dijo. Señaló hacia atrás con el pulgar—. Mis compañeros son Joseph Gabcik y Sean Cassidy.

—Oleg —respondió el viejo, mirando con curiosidad hacia el americano—, y él es Vaclav. El hombre que está vendando el tobillo de vuestro compañero es Liev; es veterinario y es lo único que teníamos a mano, pero por suerte conoce el cuerpo humano tan bien como el de los animales.

Potucek resopló con resignación al escuchar aquello. No era nueva noticia para él, pero eso no hacía que le resultara fácil escucharlo.

—Siempre ha sido un poco cerdo, supongo que eso facilitará las cosas —comentó Valcik con una enorme sonrisa que parecía partirle el rostro en dos.

Potucek le lanzó una mirada cargada de intensidad, estrangulándole mentalmente. Junto a la mesa, Zemek ahogó una carcajada poniendo el puño delante de la boca.

—Estáis en casa de unos amigos, pero no os preocupéis, murieron durante las primeras semanas de ocupación y el piso es mío ahora —continuó Oleg—. Hemos establecido que sea vuestro piso franco, si os parece bien.

Jan miró a su alrededor. El salón contaba con algunos muebles viejos y desgastados, una larga mesa de madera en la que se veían marcas de golpes y raspados; y algunos cuadros en la pared, paisajes en su mayoría, pintados por una mano no demasiado experta, tal vez un familiar según la suposición de Jan.

—Me parece perfecto. Gracias.

—Ella es mi hija, Relá —añadió Oleg cuando ella se asomó por la puerta, detrás de Sean—. ¿Puedo preguntar qué hace aquí un americano? Creía que esta era una misión checa.

—Lo es —aseguró Jan, sin responder a la pregunta del hombre.

Y aunque todos se dieron cuenta de eso, nadie más dijo nada al respecto.

—Bueno —Oleg abrió los brazos en un gesto hospitalario e inclusivo—, estáis en vuestra casa.

—Bien, creo que todos nosotros lo agradecemos —contestó Jan—, pero antes, me gustaría contaros cuál es el propósito de nuestra misión.

—Si es checa, imagino que desestabilizaremos al Reich —murmuró Vaclav.

Jan se permitió el lujo de sonreír. Y por su gesto, quedó claro que la intuición del joven se quedaba corta.

— 9 —

Sobre la mesa del comedor, Jan extendió un mapa de la ciudad de Praga y alrededores; Valcik, Gabcik y Skacha colocaron vasos en las esquinas para evitar que el mapa se enrollara de nuevo. Todo el grupo, incluido Potucek que se mantenía en pie ayudado por Zemek y Bartos, se acercó y rodeó la mesa, atentos y pendientes de Jan. Este ocupaba uno de los laterales, presidiendo la mesa y la reunión.

Sean fue el único que no se acercó a la mesa. Observó a los checos desde el umbral de la puerta que unía el salón con el pasillo, con un hombro apoyado en la pared y los brazos cruzados sobre el pecho. Sentía más curiosidad por las reacciones que el plan podría despertar en los locales (Oleg, Relá, Vaclav y el veterinario reconvertido en doctor), que por el plan en sí, puesto que él ya lo conocía.

Había preferido guardarse sus opiniones para sí cuando le habían informado de la misión que aquellos siete hombres intentarían perpetrar.

Su mente, de todas formas, estaba ocupada observando la manera en que interactuaban todos ellos: descartado Jan Kubis como posi-

ble apoyo, Sean necesitaba saber si podría obtener algo de ayuda de cualquiera de ellos.

—La situación es crítica —anunció Jan, abriendo la conversación con una sentencia aplastante—. El Pacífico está dominado por los japoneses, los submarinos alemanes están hundiendo todos los barcos que tienen la desgracia de cruzarse en su camino, y el ejército alemán está avanzando sin problemas hacia Moscú.

—Hay quien dice que se les helará el culo antes de conseguirlo —aseguró Oleg con una sonrisa de oreja a oreja que resultaba rejuvenecedora en su rostro cargado de arrugas.

—Y ojalá estén en lo cierto —replicó Jan—. Necesitamos que nos pongáis al tanto de la situación aquí. Es importante que contrastemos lo que creemos saber desde allí, en Londres, con lo que de verdad estáis viviendo bajo la ocupación nazi.

Oleg asintió. Sean observó que el hombre se masajeaba de forma constante la mano izquierda y que la mantenía baja todo el tiempo. El joven, Vaclav, estaba a su lado cambiando el peso de pierna una y otra vez, presa de los nervios. Al otro lado de la mesa, mucho más tranquila y casi meditabunda, Rela observaba el mapa que estaba sobre la mesa con gesto grave. En ese momento levantó la cabeza y su mirada se cruzó con la de Sean. Ella esbozó una ligera sonrisa, amable. El americano le devolvió el gesto y apartó la vista, cambiando hacia Jan Kubis. Inclinado hacia delante con los puños apoyados en la mesa, el teniente checo parecía estar en su salsa.

—Si me preguntas por la resistencia —murmuró Oleg, casi como si le doliera hablar de ello, y probablemente así fuera—, voy a tener que decirte que será mejor que no esperes mucha ayuda.

—Veníamos preparados para que así fuera —aseguró el teniente—. Estamos concienciados a actuar de forma independiente en tres grupos, sin colaboración externa y local. Aunque por supuesto, todo lo que podamos conseguir, será positivo.

—Confío en las tres personas que se encuentran en esta habitación con mi vida —dijo el anciano haciendo un gesto con el brazo para incluir a Vaclav, Liev y Rela—. Por desgracia, no estoy seguro de poder hacerlo con mucha gente más.

—El pope es seguro —intervino Rela entonces. Sus ojos se desviaron de nuevo hacia Sean, apenas un segundo pero suficiente para que el americano lo percibiera.



Oleg asintió.

—Tenéis que entender una cosa —dijo—. Antes, con Von Neurath, aún había vestigios de resistencia y lucha. Los checos seguían queriendo recuperar lo que es suyo. Probablemente esa es la razón por la que el Reich envió a Heydrich. Von Neurath era demasiado condescendiente con nosotros... pero Heydrich... bueno, él es *otra cosa*.

—Un asesino —aseguró Rela sin molestarse en ocultar el odio que escupían sus palabras. Sean se fijó en la forma en que fruncía los labios, despreciando al hombre que estaba al mando del país en nombre del Reich.

—Un monstruo, diría yo —intervino por primera vez Liev. Tenía una voz aguda, casi femenina. Y tras escucharle, Sean le observó un momento, vio la forma en que aquel hombre movía las manos, con delicadeza y casi gracilidad, y supo de qué pie cojeaba al instante.

—Es ambas cosas y muchas otras igual de terribles también —aseguró Oleg mirando fijamente a Jan—, y algunos de nosotros lo vemos y estamos dispuestos a luchar por Checoslovaquia, por lo que sabemos que es correcto, pero la mayor parte de la población ha aceptado de buen grado la presencia alemana... y, bueno, mi corazón se llena de rabia cada vez que lo piensa, pero debéis comprenderles...

—¿Comprenderles? —Skacha parpadeó con sorpresa.

—Dejemos esto claro desde el principio —dijo Oleg apoyando el dedo índice de la mano derecha sobre el mapa—. Estén luchando o no, siguen siendo checos y ninguno de los presentes estamos dispuestos a que la población checa sufra ningún daño. Y si lo que tenéis en mente va a suponer daños colaterales checos, entonces los míos y yo nos iremos en este momento.

Sean sonrió, sorprendido por las agallas del hombre. Jan, sin embargo, permaneció inmutable. A su lado, Skacha resopló indignado, pero no dijo nada. No hizo falta que lo hiciera. Su actitud corporal y la expresión de su rostro transmitían todo lo que no decía su voz: los que no plantaban cara a los alemanes eran tan malos como ellos.

Al resto, aunque les resultaba indignante que su gente pudiera estar aceptando con los brazos abiertos la ocupación, no eran tan duros o al menos no lo expresaban de manera tan abierta.

Oleg lanzó una mirada preocupada y molesta hacia Skacha. Jan levantó una mano para atraer su atención y cortar la tensión antes de que escalara y produjera un problema. A Sean le pareció que lo hacía en el momento justo; creía que Oleg estaba a punto de decir algo más y si estaba en lo cierto, adivinando lo que pasaba por la mente del anciano, habría supuesto una brecha insalvable entre él y los partisanos. Como mínimo con Skacha, mucho más voluble y explosivo que el resto.

—No tenemos en mente que nuestras acciones causen víctimas checas —aseguró—. Tiene mi palabra, Oleg.

El anciano aún mantuvo la mirada sobre Skacha unos segundos, valorando, pero éste asintió para darle la razón a su jefe y Oleg pareció aceptarlo.

—Heydrich decretó la ley marcial —explicó el anciano, centrándose de nuevo en Jan—. Se trajo de Berlín a otro hombre, su mano derecha, un tipo tan frío y salvaje como él. Entre ambos, desde que llegaron, han ordenado la detención de multitud de checos, gran parte de la élite intelectual del país, gente que era clave antes de la guerra... —una pausa dramática y Oleg bajó la vista—. Todos fueron ejecutados.

Skacha resopló aún con más fuerza. Los demás parecieron encajar la noticia con más sobriedad.

—Más de quinientas personas —añadió Rela—. Y eso sin contar con los miles de deportados judíos.

—Nunca en voz alta, pero le llamamos el Carnicero de Praga —dijo Vaclav, soltando una risita nerviosa al final.

—Pero entonces... ¿por qué...?

—¿Por qué la gente acepta su presencia como si nada? —Oleg sonrió con gesto cansado—. Heydrich y Karl Hermann han destruido la resistencia checa en su mayor parte, apenas quedamos unos pocos y estamos tan desarticulados que no suponemos un problema real. Incluso se ha permitido el lujo de ocupar el Castillo de Praga, supongo que como parte de una declaración de intenciones... Aquí estoy yo, soy vuestro rey, vuestro César, vuestro Dios. Maneja Checoslovaquia con puño de hierro. El envío a cárceles y campos de concentración está a la orden del día, lo mismo que los pelotones de ejecución, pero al mismo tiempo, su política proporciona bienestar a los que aceptan la germanización. Hay raciones extra, vacaciones, servicio

médico y bonificaciones al trabajo. Y con eso, simplemente, se gana a la población. Con eso, claro, y con que aquellos que muestran el mínimo vestigio de resistencia acaban desapareciendo.

Jan movió la cabeza de forma afirmativa, comprendiendo. A Sean le pareció que aquel hombre había sido una buena elección por parte del mando inglés. Jan tenía dotes de mando y era empático, sabía cuándo tenía que hablar y cómo. La situación era complicada pero estaba sabiendo manejarla y parecía comprender la problemática existente y no juzgarla. A Sean le resultó admirable.

—Nuestra primera tarea —dijo entonces Jan—, es armar una estación de radio que servirá para transmitir información a los grupos de resistencia que aún queden por la zona. Ponernos en contacto con ellos es primordial porque nos ayudaría a elaborar planes conjuntos y más dañinos. Silver A se ocupará de esto.

Bartos tomó entonces la palabra.

—Valcik, Potucek y yo mismo nos encargaremos de la radio —dijo—. Si es que puede caminar.

—Podré —murmuró Potucek.

—Podrá —aseguró Liev.

—Y si nos resulta un estorbo, seguro que hay vertederos muy hermosos donde tirar la basura —dijo Valcik, guiñándole un ojo a Potucek, que levantó el dedo medio de su mano derecha a modo de respuesta. Valcik soltó una carcajada que retumbó como un trueno.

—¿Tenéis alguna idea de dónde vais a montarla? —preguntó Oleg, ignorando las bromas.

—Aún no —respondió Bartos—. Esperaba que pudieras ayudarnos con eso.

Oleg se giró hacia Vaclav.

—¿Tus tíos no tenían un granero en Lezáky?

El chico abrió la boca y volvió a cerrarla, como un pez fuera del agua. Le temblaron los labios y tartamudeó al intentar hablar. Durante un par de segundos pareció que sería incapaz de articular palabra.

—Sí, lo tienen.

—Sería perfecto —aseguró Oleg—. Está a las afueras de Praga pero lo suficientemente cerca como para moveros cuando lo necesitéis.

—¿Tus tíos siguen viviendo en la zona? —preguntó Bartos al joven.

—Nnnnn... no.

—¿Estás de acuerdo con esto, Vaclav? —preguntó Oleg, apoyando una mano nudosa y arrugada sobre el hombro del chico.

A Sean le pareció que Vaclav deseaba desaparecer, hacerse tan pequeño que pudiera colarse por alguna de las grietas de la pared, incómodo por ser el centro de atención.

—Sí —respondió el chico, moviendo la cabeza con energía—. Puedo llevaros allí mañana mismo.

—Perfecto —respondió Bartos, girándose hacia Kubis para indicarle que él había terminado por el momento.

Jan carraspeó y apoyó las dos manos sobre la mesa, inclinándose hacia delante de nuevo. Todos los presentes le miraron con atención.

«Allá vamos —pensó Sean—. Hora de soltar la bomba.»

—Oleg, Rela, Liev, Vaclav... estamos aquí porque así lo desea el Presidente. Se encuentra exiliado en Inglaterra pero sigue con atención el devenir de Checoslovaquia, con la esperanza de poder regresar algún día y revertir la situación. Él mismo, en connivencia con Churchill, ha aceptado este plan.

Sean observó la manera que tenía Jan de hablar, la suavidad de su tono y el acompañamiento de sus miradas, intensas y cargadas de seguridad en sí mismo. Jan no hablaba para sus hombres, puesto que habían venido desde Inglaterra ya convencidos de que el plan era posible y lo llevarían a cabo, sino para los cuatro locales que les habían recibido. Y era a ellos a quienes miraba y en quienes centraba sus esfuerzos, cautivando a su audiencia. Y por la forma en que ellos le observaban, con los ojos muy abiertos y una expresión ansiosa en sus rostros, estaba claro que Jan estaba cumpliendo sus objetivos.

Era un buen orador.

—La intención del mando inglés es atentar contra el régimen, desestabilizar a los nazis desde dentro, demostrarles que Checoslovaquia no va a rendirse con facilidad. —Jan entrecerró los ojos y miró hacia Oleg.

Con un hilo de voz, el anciano alcanzó a preguntar:

—¿Contra qué vamos a atentar?

Por toda respuesta, Jan señaló una fotografía sobre la mesa. Fue como si una máquina futurista absorbiera de repente todo el aire de la habitación. Vaclav llegó a dar un par de pasos atrás, como si la

situación le sobrepasara del todo. Liev palideció y Rela se llevó una mano a la boca con gesto grave y de sorpresa; Oleg se limitó a mirar a Jan con absoluto asombro dibujado en cada línea de su rostro.

Jan asintió, confirmando que su dedo señalaba el objetivo correcto.

— IO —

—¿Se han vuelto locos en Londres? —Oleg retrocedió, llevándose las dos manos a la cabeza y negando una y otra vez. Miró hacia Jan y sus hombres con los ojos casi saliéndose de sus cuencas—. ¿Estáis locos vosotros?

Vaclav se dejó caer en el sillón, atónito. Movía la cabeza de un lado a otro y por su expresión estaba bastante claro que estaba aterrorizado. Liev no se había movido del lugar que ocupaba junto a la mesa. Tenía los ojos clavados en la fotografía de Heydrich que Jan había señalado con el dedo y seguía estando pálido; cualquiera diría que había visto un cadáver levantándose de su tumba.

—¿Heydrich? —Rela pronunció aquel nombre en voz baja, como si se tratara del nombre de un monstruo infernal que pudiera acudir a la invocación de escuchar la llamada. Había temor en aquella palabra, sí, pero a Sean le pareció que se trataba de algo reverencial, el miedo que se le tiene a lo intocable, a lo odiado y despreciado. La joven miraba hacia Jan y a su padre, alternando, y después giró la cabeza buscando comprensión en los ojos del americano. No encontró ayuda en Sean, por lo que regresó a Jan—. ¿Queréis matar a Heydrich?

Jan Kubis, solemne como lo había estado durante toda la conversación, asintió. Los partisanos le rodeaban, casi custodiándole, y esperaban pacientes a que la conversación tomara uno de los dos rumbos posibles. O aquella gente les seguía el juego y aceptaba las órdenes de Londres, o se marchaban y dejarían de contar con el escaso apoyo local que tenían hasta el momento.

A Sean le dio la impresión de que el aire estaba cargado de electricidad. Podía palpase la tensión en el ambiente. Tuvo la sensación de que alzar la mano en ese momento sería como moverla debajo del agua, que encontraría la misma resistencia y se sentiría igual de torpe.

—Estáis locos —repitió Oleg, deteniéndose en medio del salón—. Creía que solo eran los putos nazis los que habían enloquecido, pero está claro que es el mundo entero.

—¿De qué coño vale que atentemos contra soldados o destruyamos un convoy de armas? —preguntó Valcik, alzando la voz y mostrándose molesto por aquella incompreensión.

—Valcik... —Jan intentó detenerle, pero el otro hombre negó con la cabeza.

—No, Jan. ¿De qué valdría? ¡Decidme! —Miraba a Oleg hablaba también para Relá, Vaclav y Liev—. Ya os lo digo yo, no valdría de nada, joder. Otro soldado ocuparía el puesto del soldado muerto y otro convoy sustituiría al destruido un par de días después. El poder significativo de esas acciones es mínimo, y sí, sirven para minar la moral alemana, para joderles dentro de sus propias fronteras y obligarles, con suerte, a desviar recursos del frente, pero su nivel significativo es mínimo.

—Pero intentar matar a Heydrich es una locura —insistió Oleg. Incluso Sean se dio cuenta de que ya no lo decía con la misma fuerza que antes.

—Matar a Heydrich es un corte en la puta arteria —aseguró Valcik—, y si lo que queremos es desangrar al Reich, más vale que ataquemos las arterias y nos dejemos de las venillas que recorren los dedos.

—Es posible que muramos intentándolo —Jan cogió el relevo de su compañero—, pero también es posible que lo consigamos. Aunque haya una pequeña posibilidad, ya vale la pena intentarlo, ¿no?

Oleg y su hija se miraron. En realidad, allí era aquella decisión la que verdaderamente importaba. Estaba claro que el chico haría lo que le pidieran y lo haría bien siempre que no implicara demasiado peligro. A Sean y a Jan les había bastado una mirada para entender que aquel crío no estaba hecho para entrar en combate, ni siquiera para tener un papel activo en la resistencia. Y Liev, bueno, podría ser un buen activo, todavía estaba por ver.

Pero la decisión provendría de Oleg.

—Los ingleses siempre han sido soberbios —murmuró el anciano—. ¿A quién le extraña que de repente salgan con un plan que incluye intentar asesinar al hombre más protegido de toda Moravia?

«Los monstruos no existen», pensó Sean de repente.

Y sus ojos se deslizaron como un oso atraído a un panal de miel hasta la fotografía de Heydrich que había sobre la mesa. El rostro afilado y duro de aquel hombre resultaba agresivo a la vista. Su sola imagen era capaz de transmitir gran parte de su maldad.

«Es peor que eso —pensó—. Es malvado, sí, pero también es un hombre de una inteligencia superior. Y supongo que eso es lo que lo hace tan temible.»

Sean levantó la vista y miró hacia Oleg. El anciano estaba cabizbajo y volvía a masajearse la mano izquierda, sin ocultar el dolor que sentía al hacerlo. El ambiente se había relajado y se disipó del todo cuando Oleg asintió con cuidado, despacio al principio y con un movimiento más consistente después.

—Está bien —añadió, para darle más peso a su aceptación.

Desde el sillón, Vaclav levantó la vista y tragó saliva, compungido.

Sean juzgó que ya había visto suficiente. Lo que ocurriera con aquellos hombres y aquella mujer no era asunto suyo. Se dio la vuelta para salir del salón y su movimiento hizo que varias cabezas se giraran para mirarle.

—¿Y él? —Preguntó Oleg—. ¿Qué hace un americano en medio de una operación checa? ¿Es alguna clase de especialista?

Sean se detuvo y se giró para mirar al anciano. Le mantuvo la mirada un par de segundos y luego se giró hacia Jan para darle la opción de responder.

—Él no pertenece a esta operación —dijo Jan.

Oleg frunció el ceño, sin comprender. Rela también se mostró confusa. Incluso los partisanos, los hombres de Jan, no parecían saber cómo comportarse en ese momento. Varios de ellos, entre los que pudo contar a Skacha, Bartos y el propio Jan, mostraban una clara desconfianza. Sean tomó nota mental de aquello e hizo un leve movimiento con la cabeza a modo de despedida.

—Me retiraré ahora a una de las habitaciones.

Mientras se adentraba en el pasillo, escuchó a Oleg preguntando con tono de estupefacción:

—Entonces, si no ha venido a ayudarnos, ¿por qué coño está aquí?

## — II —

Josef estaba de pie junto a la puerta, mirando hacia el cielo con aire soñador. En realidad, estaba disfrutando del aire en Praga. Hacía frío, lo suficiente para necesitar llevar el abrigo abrochado, guantes, la gorra bien calada y una bufanda al cuello y, sin embargo, él se había bajado la bufanda para despejar la nariz e inhalar en cada respiración la esencia de su ciudad.

Sabía que era una tontería, no hacía falta que nadie se lo dijera, pero cada día que había pasado en Londres había soñado con hacer aquello.

*—El aire inglés huele diferente —le había dicho una vez a Jan, mientras ambos compartían un cigarrillo a las afueras de la base—. Huele a pescado, a niebla y a meados.*

*Jan se había echado a reír y después le había dado la razón.*

*—Pronto, hermano. Pronto.*

Allí estaban, en Praga por fin. Había parecido un sueño cuando les habían dicho que volarían hasta allí, pero se había cumplido. Aún no estaba seguro de creerlo del todo.

Jan salió a la calle acompañado por Rela y ambos se acercaron a él. Josef se dio cuenta de que ella era una joven hermosa, de ojos intensos y melena revoltosa que ella insistía en aprisionar en una coleta, delgada pero con las curvas bien dibujadas y una sonrisa por la que podría enloquecer. Se preguntó cuánto hacía que no estaba con una mujer. Con una de verdad, claro; allá en Londres había visitado un prostíbulo cercano a la base donde entrenaban, pero para él no era lo mismo.

También se dio cuenta de que los ojos de Jan brillaban cada vez que miraba a la muchacha.

—¿Todo bien, Josef? —preguntó Jan al acercarse a él.

—Sí.

—Ven con nosotros.

Jan le hizo un gesto con la mano y Josef les siguió a ambos. Rela les llevó hasta la parte trasera de la casa. En el pequeño jardín, atadas a un poste con una cuerda marrón y desgastada que cualquiera habría podido cortar con una pequeña navaja, había dos bicicletas, tan viejas como la cuerda, con la pintura ligeramente desvaída.



—Aquí están —dijo ella—. Si te parecen bien, puedo decirle a Liev que traiga al menos otras dos. —Se encogió de hombros y sonrió a los dos partisanos—. Sus hijos murieron pero las bicicletas se quedaron.

—¿Los nazis? —preguntó Jan.

—Uno de ellos murió antes de la guerra. Estaba enfermo y eso, no pudieron hacer nada. Al otro sí, lo mataron los alemanes.

Jan asintió y levantó una de las bicicletas después de desatar el frágil nudo que conformaba la cuerda. Como si fuera un experto, valoró la estabilidad y empujó la bicicleta hacia abajo para vigilar la presión de las ruedas.

—Están bien y nos permitirán movernos por la ciudad con más libertad. Creo que es una buena idea, Rela.

—¿Le pido a Liev entonces las de sus hijos?

Jan asintió con la cabeza, pero antes de que pudiera responder, la voz de Valcik les hizo girarse hacia la puerta trasera de la casa. El grandullón estaba de pie en el umbral, con los brazos estirados por encima de la cabeza, bostezando.

—¡Joder! ¡No echaba nada de menos el frío de esta maldita ciudad! Estaba en calzoncillos.

—Normalmente la ropa ayuda —le recomendó Josef, poniendo los ojos en blanco al decirlo.

Valcik regresó a la casa, al mismo tiempo que salían Bartos y Vaclav cargando entre ambos con Potucek. Este mantenía el pie herido levantado en todo momento. Se acercaron hasta donde estaban Jan y Josef y dejaron que Potucek se sentara a descansar.

—Creo que esta va a ser la misión más dura de mi vida —murmuró Bartos con una sonrisa, mirando hacia la puerta de la casa.

—¿A qué hora tendríais que haber salido hacia Lezáky? —preguntó Jan, sacando un cigarrillo de un paquete que empezaba a estar en las últimas.

—Hace un rato —respondió el otro hombre, meneando la cabeza.

Jan encendió el cigarro y le ofreció el paquete a Bartos primero y después a Potucek. Los dos negaron con la cabeza y Jan se lo guardó en el bolsillo del pantalón mientras daba la primera calada y miraba hacia Vaclav y Rela. Los dos jóvenes se habían apartado un poco de ellos y el chico le estaba diciendo algo a ella mientras la chica se encogía de hombros y negaba despacio con la cabeza.

Valcik regresó casi quince minutos después. Jan había seguido con atención el devenir de la conversación de los dos jóvenes y ahora evitaba mirar directamente a Rela, que se apoyaba contra el muro con los brazos cruzados sobre el pecho y una expresión agría en el rostro. Vaclav, por su parte, parecía abatido y sin fuerzas.

—¡Vámonos! —Exclamó Valcik dando una palmada y sacudiendo las manos para entrar en calor—. ¿A qué coño esperas, Potucek? ¡Levanta el culo de ahí! ¡Estáis hechos unos vagos!

Bartos volvió a poner los ojos en blanco y meneó la cabeza, resignado. Valcik se echó a reír y ayudó a Potucek a levantarse. Prácticamente le cargó por sí solo hacia la calle donde estaba aparcado el camión de Vaclav. El joven lanzó una última mirada hacia Rela antes de seguir a los tres miembros de Silver A.

Jan les acompañó y ayudó subir a Potucek. Valcik se giró y le ofreció la mano.

—Tened cuidado —le dijo.

—Lo mismo digo —respondió Jan.

—Ni se os ocurra ir a por ese hijo de la gran puta sin mí —le advirtió Valcik, poniéndole el dedo índice en el centro del pecho.

—Tranquilo, sabes que eres nuestra principal arma. En cuanto te vea caerá al suelo fulminado por el pavor que infundes.

Valcik soltó una carcajada y se subió al camión. Vaclav arrancó y el motor rugió con una protesta, como si a él también le molestara el frío. Jan se arrebujó dentro de su abrigo y regresó al jardín.

Josef estaba subido en una de las bicis, con los pies apoyados en el suelo.

—Bueno —dijo Rela, acercándose a Jan—. ¿Vamos a ir a alguna parte?

—Sí —respondió él—. Josef, ven.

Obediente, su compañero se bajó de la bicicleta y se acercó a ellos.

—Quiero que hables con Oleg. Tenemos que encontrar algún sitio donde poder hacer ensayos. Cuanto más alejado de todo, mejor. Querría que hiciéramos prácticas de tiro también y usemos la *Sten*.

—Pequeñas nubes de vapor escapaban de su boca mientras hablaba—. Y díles a Skacha y Zemek que se encarguen de conseguir algunos suministros. Les he dejado la lista sobre la mesa del comedor.

—¿Y tú?